

Ariza

CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMÁTICA

DE

D. JOSE GARCIA DE SOLIS.

ANTONIO DE LEIVA.

— 8 rs. —

Pl.º 37.

MADRID:

Librería de la Viuda é hijos
de Don José Cuesta, Carretas,
núm. 9.

Librería de Moya y Plaza, su-
cesores de Matute, Carre-
tas, núm. 8.

SALAMANCA: IMP. A C. DE ANGULO.

CATÁLOGO de las obras dramaticas de la propiedad del CIRCULO LITERARIO COMERCIAL.

DRAMAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Adriana.
Andrés Chenier.
Antonio de Leiva.
Bernardo de Saldaña.
Boabdil el Chico.
Caibar.—drama bardo.
Caridad y recompensa.
Cid Rodrigo de Vivar.
Id. (refundido.)
Creo en Dios.
Cristóbal Colon.
Diego Corrientes.
Dios, mi brazo y mi derecho.
Don Alvaro de Luna.
Don Francisco de Quevedo.
Don Rafael del Riego.
Doña Juana la Loca.
El bufon del rey.
El capitán Pacheco.
El Cardenal y el Ministro.
El castillo de Balsain.
El curioso impertinente.
El donativo del diablo.
El 2 de Mayo.
El fenix de los ingenios.
El fuego del cielo.
El hijo del ciego.
El hijo del diablo.
El Juramento.
El lirio entre zarzas.
El lunar de la marquesa.
El monarca cenobita.
El primer Giron.
El puente de Luchana.
El ramo de Rosas.
El tesorero del rey.
El triunfo del pueblo libre.
El Trovador.—(refundido.)
El valor de la mujer.
Felipe el Prudente.
Frutos amargos.
García de Paredes.
Hamlet.
Isabel la Católica.
Juan Bravo el Comunero.
Kuser ó los bandos de Holland.
La batalla de Bailén.
La niña del mostrador.
La reina Sara.

La batalla de Lepanto.
La aventurera.
Los dos Guzmanes.
La duda.
La Estrella de las montañas.
La fuerza de voluntad.
La hija de las flores.
Los hijos de la noche.
La india.
Las jornadas de Julio en Madrid.
La ley de raza.
La ley de represalias.
La mano de Dios.
La máscara del crimen.
La Pasión.—drama sacro.
La pastora de los Alpes.
La torre del Duero.
Madrid por dentro.
Magdalena.
Mauricio el republicano.
Miguel el esclavo.
Mujer y madre.
Napoleon en España.
Nobleza republicana.
Pedro Navarro.
¡Redencion!
Ricardo III.
Rioja.
Remismunda.
Roberto el normando.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Sara.
Soberbia y humildad.
Susana.
Un hombre de Estado.
Últimas horas de un rey.
Un voto y una venganza.
Vida por honra.

COMEDIAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

A un tiempo amor y fortuna
A Zaragoza por locos.
Achaques del siglo actual.
Amor con amor se paga.
A quien Dios no le da hijos.
Ardides dobles de amor.
Ataque y defensa.
Capas y sombreros.
Caprichos de la fortuna.
Deudas de honor y amistad.

El agua mansa.
El bandido incógnito ó la caverna invisible.
El buen Santiago.
El diablo las carga.
El dinero y la opinion.
El duro y el millon.
El fondo y la corteza.
El hermano mayor.
El hijo natural.
El marido-duende.
El médico de cámara.
El oficialito.
El oro y el oropel.
El rábano por las hojas.
El rey de los primos.
El remedio del fastidio.
El tesoro del diablo.
Embajador y hechicero.
Flaquezas y desengaños.
Fortuna en las narices.
Fortuna te dé Dios, hijo!
Ginesillo el aturcido.
Juegos prohibidos.
Jugar por tabla.
La amistad ó las tres épocas.
La cabra tira al monte.
La ceniza en la frente.
La condesa de Egmont.
La consola y el espejo.
La escala de la vida.
La escala de la Fortuna.
La esclava de su galán.
La escuela de los ministros.
La escuela del matrimonio.
La estudiantina ó el diablo de Salamanca.
La flor de la maravilla.
La pension de Venturita.
La tierra de promision.
La voluntad del difunto.
Los cuentos de la reina de Navarra.
Las indias en la Corte.
Los millonarios.
Los órganos de Mostoles.
Los presupuestos.
¡Lo que es el mundo!
Marica-enreda.
¡Mejor es creer!
Mercadet.
Merecer para alcanzar.
Memorias de Juan García.
No, se venga quien bien ama.
Nueva pata de cabra.

TS29.242
C 496341

FAN
9351

ANTONIO DE LEIVA,

DRAMA EN TRES ACTOS

PRECEDIDO DE UN PRÓLOGO Y EN VERSO,

POR

DON JUAN DE ARIZA.

ESTRENADO EN EL TEATRO ESPAÑOL.

Tercera edicion.



№.º 37.

SALAMANCA.—1870.

IMPRENTA A C. DE ANTONIO DE ANGULO,
calle de la Rua, núm. 57.

R/5962

ANTONIO DE FELIX

PROFESOR DE D. FERNANDO Y D. VALERIO

DON JUAN DE ARIANA

ESTADÍSTICA Y GEOGRAFÍA

PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

TERCERA PARTE

CUARTA PARTE

QUINTA PARTE

SEXTA PARTE

SEPTIMA PARTE

OCULTA PARTE

NOVENA PARTE

DIEZMA PARTE

ONCEMA PARTE

DOCEMA PARTE

TRIGESIMA PARTE

CUARENTESIMA PARTE

QUINIENTESIMA PARTE

SEISCIENTESIMA PARTE

SEPTIENTESIMA PARTE

OCIENTESIMA PARTE

NOVENIENTESIMA PARTE

CIEN PARTES

Esta obra es propiedad de D. JOSÉ GARCIA DE SOLIS, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varie el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y 5 de Mayo de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legitimos.

PERSONAJES DEL PRÓLOGO. ACTORES.

DIANA, 16 AÑOS.	SRA. D. ^a M. DIEZ.
ANTONIO DE LEIVA, 20. . . .	SR. D. J. ROMEA.
HERNANDO DE CORREA, 30. .	SR. D. P. SOBRADO.
EL MARQUÉS DE PONTEVA- DO, 45.	SR. D. J. CALVO.

La escena en una alquería de la Rioja. Epoca 1503.

PERSONAJES DEL DRAMA. ACTORES.

DIANA, 38 AÑOS.	SRA. D. ^a M. DIEZ.
ANTONIO DE LEIVA, 42. . . .	SR. D. J. ROMEA.
HERNANDO DE CORREA, 52. .	SR. D. P. SOBRADO.
EL MARQUÉS DE PONTEVA- DO, 67.	SR. D. J. CALVO.
VELAZQUEZ, 25.	SR. D. M. OSORIO.
EL CORONEL TUDESCO, 40. . .	SR. D. B. PARDIÑAS.
EL PARLAMENTARIO, 45. . .	SR. D. JOSÉ DIEZ.

ANCIANOS.— OFICIALES Y SOLDADOS TUDESCOS Y ESPAÑOLES.

La escena es en el palacio de Antonio de Leiva, en Pavía.

Epoca del 23 al 24 de Febrero de 1525.

PRÓLOGO.

Una huerta poblada de frutales, emparrados, legumbres, algunos rosales y otras flores. En el fondo, y entre los árboles, se descubre una tapia con una puerta practicable; y á la derecha del actor la entrada á una casa de humilde aspecto.

ESCENA PRIMERA.

DIANA, vestida de labradora, se ocupa en formar un hermoso ramo de flores.—HERNANDO DE CORREA, en traje de sargento y con una bandera al hombro, entra por la puerta del fondo y se dirige á la casita.

DIANA. (Viendo á Correa.)

Ah!

CORREA.

¿Quién grita?

Como entráis...

DIANA.

CORREA.

Entrando.

DIANA.

Pero á quién busca?

CORREA.

A quién buscar puede un hombre

(Acercándose á Diana.)

de mi porte y mi figura
sino á un mozo que prometa
buena planta de recluta?

DIANA.

Pero...

CORREA.

Qué?

DIANA.

Digo...

CORREA.

Qué dices?

DIANA.

Que antes de entrar, se acostumbra
á pedir vénia.

CORREA.

Comprendo;

pero es el caso que nunca
tuvo Hernando de Correa
que perder tiempo en disputas,
para recorrer las cámaras
de esta casa...

DIANA. Pues con mucha libertad, señor soldado...

CORREA. Sargento, moza...
DIANA. Sin duda, señor sargento...

CORREA. Decías?...

DIANA. Nada, vuestra faz... Te asusta?

CORREA. Sí en verdad.

CORREA. Mucho lo siento, ¡voto al diablo! que eres una muchacha de lindo tallo y de no poca hermosura.

DIANA. Callad; porque esas palabras...

CORREA. Quieren decir que me gustas: ni mas ni menos. Yo soy sargento, y de malas pulgas; pero en viendo, prenda mia, una serrana de punta como tú...

DIANA. Callad.

CORREA. Me callo. Pero dime: ¿cuántas lunas han pasado desde que aquí tus soles alumbran? Respóndeme.

DIANA. A quién buskais?

CORREA. Vuelta á la misma pregunta. Buscaba á Antonio: ahora quiero contemplar esa cintura, ese pié...

(Acercándose á Diana.)

DIANA. Voy á llamarlo.

(Acercándose á la casita.)

CORREA. Pero...

(Queriendo cerrarla el paso.)

DIANA. Dejadme.

(Entra en la casita.)

CORREA. Se fuga.

ESCENA II.

CORREA, arrima la bandera á un árbol y se pasea pensativo.

En dónde habrá reclutado
Leiva esta linda rapaza?...
¡Voto al demonio! que caza

el mancebo en lo vedado.
Dice su acento que no
ha crecido en esta tierra;
el mozo no ha hecho la guerra...
En dónde la cautivó?
Pues yo sin averiguar,
por Santiago! no he de irme,
si la cazó en tierra firme
ó si la pescó en la mar.
Los mancebos el demonio
tienen en el cuerpo cuando
ven una rapaza.

ESCENA III.

CORREA.—LEIVA, *que sale de la casita.*

LEIVA. Hernando!
CORREA. Ven á mis brazos, Antonio! (*Se abrazan.*)
LEIVA. Cómo lo has pasado?
CORREA. Bien.
LEIVA. Vencedor siempre.
CORREA. Y vencido.
LEIVA. Vencido?
CORREA. No lo has oido.
Los castellanos tambien
hemos sufrido reveses.
LEIVA. Nosotros?
CORREA. Sí; y no te asombres.
Por ventura, no son hombres
como tú y yo, los franceses?
LEIVA. Sí; pero...
CORREA. Palabras huecas
á un lado, que, en conclusion,
ellos tienen corazon
y espadas blanden, no ruecas.
Y hay de valor mas alarde,
hay gloria mas esplendente
en resistir á un valiente
que en derrotar á un cobarde.
Como amigos conquistamos;
pero, luego que vencimos,
los estados dividimos
mal y no nos conformamos.
El francés á mano airada
nuevas provincias pidió,
que el gran Capitan guardó

y puso en juego la espada.
El, con mas fuerza y alerta
estaba, y afortunado
á nuestro gefe ha sitiado
en su campo de Balerta.
Queda en él: yo vengo á España
á reclutar nuevas gentes,
que nos devuelvan valientes
el honor de la campaña.
Y como, cuando partí,
seguirme á Italia quisiste,
y por niño no viniste,
ahora yo vengo por tí.
Dispónte al punto.

LEIVA. No puedo.

CORREA. Voto á Santiago!

LEIVA. Correa,
combates mi alma desea;
pero me detiene...

CORREA. (Con desprecio.) El miedo.

LEIVA. Qué has dicho? Nécio de mí!
No debo irritarme... Piensa
que te perdono una ofensa.

CORREA. Pero te quedas aquí?

LEIVA. Sí.

CORREA. Y aquella sed de gloria
que alimentó tu niñez
con una noble altivez!

LEIVA. Escucha, Hernando una historia.

CORREA. Ya escucho.

LEIVA. En esta alquería,
que mis padres levantaron
y en herencia me dejaron,
honrado y feliz vivía.
Pensando siempre en la guerra,
bañaba con mi sudor
los pétalos de la flor,
las entrañas de la tierra.
Entonaba la canción
marcial que anima al soldado,
una mano en el arado
y otra sobre el corazón.
Y aunque soñaba, en mi afán,
con los bélicos laureles,
cenaba en blancos manteles
moreno y sabroso pan.
Esto traigo á tu memoria,
porque en breve cuadro encierra,

que cultivando la tierra
puede pensarse en la gloria.
CORREA. Prosigue.

LEIVA. Llegó de mayo
una tarde en que las flores
ostentaban sus colores
del sol al ardiente rayo.
Sobre el césped reposaba
tranquilo, y me adormecía
el arroyo que corria,
ó el ruiseñor que trinaba.
De mi sueño sosegado
me sacó una vez suave,
mas que los trinos del ave,
y me encontré rodeado
de un hombre, una anciana dueña,
y una jóven mas hermosa
que la mas temprana rosa
de la mañana risueña.
Aparición la creí
bajo el tupido ramaje;
me pidieron hospedaje;
y yo hospedaje les di.
Pero, Hernando, al hospedar
tan soberana belleza,
me avergonzó mi pobreza
y lo humilde de mi hogar.
Huyeron de mi memoria
despues los hélicos sueños,
y en amorosos empeños
troqué mis sueños de gloria.
CORREA. Leiva!

LEIVA. Perdona... La adoro.
Tú la has visto de aldeana
vestida. Dí, mi Diana
no es de hermosura, un tesoro?
CORREA. Sí.

LEIVA. En su tierna juventud
aduna, raro portento,
á la belleza el talento,
y al talento la virtud.
Ya conoces que no puedo
buscar en estraña tierra
los azares de la guerra.

CORREA. Te quedas, Leiva?
LEIVA. Me quedo.
Sabes que mi corazon
con fuego pátrio se inflama.

- CORREA. Y qué?
LEIVA. Es débil porque ama.
CORREA. Basta. Dime: quiénes son
esos huéspedes?
LEIVA. Vivian
en un palacio murado
del marqués de Pontevado,
á quien todos tres servian.
CORREA. Sigue.
LEIVA. Una noche...
CORREA. El Marqués,
respóndeme, hizo traicion
á las armas de Aragon,
prestando ayuda al francés?
LEIVA. Sí.
CORREA. El palacio en lo mas alto
de la Calabria está?
LEIVA. Sí.
CORREA. Pero como sabes?...
Dí,
fué tomado por asalto?
LEIVA. Sí.
CORREA. Pues voto á Belcebú!
que es el mismo, buen derroche
hicimos aquella noche
en sus defensores.
LEIVA. Tú?
CORREA. Fué una bonita campaña
aquella, y bien castigado
quedó el marqués. Su criado,
para qué ha venido á España?
LEIVA. Lo ignoro. Si guarda fiel
de su señor un secreto,
yo su silencio respeto,
y parto mi pan con él.
CORREA. Bien hecho. Dime, podrá
un sargento de bandera
comer alguna friolera
ahí dentro?
LEIVA. Sí.
CORREA. Bien está.
Aquí, para entre los dos,
esa graciosa italiana
que ví en traje de aldeana,
es un buen bocado. Adios.

ESCENA IV.

LEIVA.—*Se pasea pensativo y despues se para delante de la bandera que está arrimada á un arbol.*

Bandera entre mil banderas,
hermoso emblema español,
dó nunca se pone el sol,
de mundos señora, imperas.
Yo te adoré, porque eras
la gloria que en sueños vía
mi entusiasta fantasía;
y ahora que pudiera ufano
enarbolarte en mi mano,
te dejo, bandera mia.
Yo te adoré cuando niño:
y viéndote en la memoria,
hermoso emblema de gloria,
fué creciendo mi cariño.
Mas hoy el laurel descño,
sin tocarlo, de repente:
ya te abandono vilmente,
porque ofrecen los amores
de mirto y de blancas flores
otra corona á mi frente.
Diana! Llega encantadora
que me ofreces otro templo:
mira qué loco contemplo
la enseña que me enamora.
No tardes, pues cada hora
en el confin italiano,
oigo la voz de un hermano
que me llama en su despecho,
y á esa voz salta en mi pecho
un corazon castellano.
No puedo mas.

(Cogiendo la bandera.)

 Mi bandera!
rota por cruda metralla,
tú serás en la batalla
mi constante compañera.
Tremolarás la primera
sobre la torre mas fuerte.
Oh! yo sabré defenderte;
y de victoria en victoria,
para tí será la gloria,
para mí será la muerte.

ESCENA V.

LEIVA.—*DIANA, que se adelanta hácia el jóven; este deja la bandera y se arrodilla.*

DIANA. Muy bien.

LEIVA. Perdona...

DIANA. A mis piés

postrado. Por qué razon?

LEIVA. Porque alcanzar tu perdon

espero, como me ves.

DIANA. Tú me has ofendido?

LEIVA. Sí.

DIANA. No adivino la manera.

LEIVA. Adorando esa bandera

como te adoraba á tí.

Borrando de mi memoria

un solo instante, tu amor,

para pensar con ardor

en las lides y la gloria.

Queriendo llevar la muerte

y blandir la espada impta...

DIANA. ¿Me abandonas?

LEIVA. No, alma mia:

y uno mi suerte á tu suerte.

Pero, aunque no te abandono,

ya que loco te ofendí,

espero perdon de tí.

¿Me perdonas?...

DIANA. Te perdono.

LEIVA. Gracias...

DIANA. ¿Nunca pensarás

en dejarme?

LEIVA. Te lo juro.

DIANA. Jamás el acero duro

tu diestra empuñe...

LEIVA. Jamás.

DIANA. Sí, y un día, y otro día,

á nuestros castos amores

cadenas darán las flores

y las aves armonía.

LEIVA. Sí, sí. Yo me entregaré

á las rústicas faenas,

mientras floridas cadenas

forjen tus manos...

DIANA. Sí á fé.

LEIVA. Y cuando deje mi arado

el fecundo surco abierto:
cuando de sudor cubierto
traiga mi rostro tostado:
cuando la dorada mies
ó de las parras el fruto,
dulce y sabroso tributo
presente, hermosa, á tus pies:
para premiar mis fatigas,
me ceñirán los amores,
una corona de flores,
de pámpanos y de espigas.

DIANA.

Enjugaré tu sudor
cuando dejes el arado,
y sobre el rostro tostado
dará un ósculo mi amor.
Recibiré de tu mano,
arrodillada el racimo
sabroso, dorado, opimo,
y el rubio y fecundo grano.
Para premiar tu faena
y tus fuerzas restaurar,
sazonaré en el hogar
limpia y nutritiva cena.
Y sobre el blanco mantel,
al lado del pan moreno,
verás oloroso y lleno
un jarro de moscatel.
Mas no pienses que á mi afán
faltarán flores hermosas;
el vino pondré entre rosas
y entre azucenas el pan.
Y así un día y otro día,
á nuestros castos amores
cadenas darán las flores
y las aves armonía.

LEIVA.

Calla, déjame estasiarme
en porvenir tan risueño.
Pero será todo un sueño?
Cuánto temo despertarme!
Leiva...

DIANA.

LEIVA.

Escucha: mi pasión
es tan grande, tan violenta,
que reanima y atormenta
á un tiempo mi corazón.
Tras la ventura de hoy
miro impaciente, Diana,
la ventura de mañana,
y tras ella loco voy.

Temerario me abandono
en alas de mi deseo,
y olvido lo que poseo
por buscar lo que ambiciono.
Pretendo dar á mi alma
reposo, mas la memoria
retrata una nueva gloria,
y nunca encuentro la calma.
En tan acerba inquietud
boga, y boga combatida
de rudas olas mi vida:
y paso mi juventud
sin encontrar el reposo...
Prosigue.

DIANA.

LEIVA.

DIANA.

LEIVA.

DIANA.

LEIVA.

Que busco en vano.
Y ese reposo?...
(*Diana se estremece.*) En tu mano
está. Quiero ser tu esposo.

Sí.

A tu padre contaré
mi sufrimiento prolijo,
y con la humildad de un hijo
tu mano le pediré.

(*Diana se estremece de nuevo, y vá cayendo en
melancólica distracción.*)

Y en mis palabras...

DIANA.

LEIVA.

Qué dices?
Del mas puro amor el fuego
verá; cederá á mi ruego,
y seremos muy felices.

DIANA.

LEIVA.

Sí, muy felices.

Me pasma
tu abatimiento, amor mío,
Ríe, como yo me río.
Ya huyó el lúgubre fantasma
que me atormentó hace poco.
Pero tú tiemblas, vacilas,
baña el llanto tus pupilas...
Es para volverme loco
esa tristeza.

DIANA.

LEIVA.

DIANA.

No.

Sí.

Bien. Me aflige y me acobarda
que mi padre mucho tarda
desde que salió de aquí.
Muy poderoso interés
lo impulsó á marchar resuelto
á la corte, y ¡ay! no ha vuelto

habiendo pasado un mes.
En este tiempo tan largo
sola estoy; y en tal olvido
me deja, que no he tenido
noticia suya. Hazte cargo
si silencio tan cruel
aumentará con violencia
los rigores de su ausencia;
si debo temblar por él.
Su recuerdo me persigue,
sin dar á mi ansiedad pausa.
Ya sabes la única causa
de mi tristeza.

LEIVA. Prosigue.

DIANA. Quieres saber mas?

LEIVA.

Sí. Quiero

saber que mi amor no influye
en tu ansiedad, ni destruye
tu paz.

DIANA. No sigas.

LEIVA.

Espero,

y á tu ternura reclamo
como el mas grande favor,
una protesta de amor...
Una palabra...

DIANA.

Te amo.

LEIVA.

No mas.

DIANA.

Yo...

LEIVA.

Por compasion

no mas. Generosa has sido.

(Poniendo la mano de Diana sobre su pecho.)

El amoroso latido

sientes de mi corazon?

DIANA.

Sí.

LEIVA.

Escucha: mi frenesí

es tal, es mi dicha tanta,

que me estremece, me espanta,

y necesito huir de tí.

ESCENA VI.

DIANA.

Ay! de amores loco
se marcha el doncel;
ay! loca de amores
me deja tambien.

Mas él huye alegre,
mas que el rosicler
de aurora entre nubes
de rosa y clavel:
y yo, con suspiros
y llanto á la vez,
repito á las áuras
que sufro por él.
De humilde linaje
nos juzga y nos vé
sin pátria ni hogares
proscritos correr.
Azares no teme
que puedan un bien
robarle, tan caro
para su alma fiel,
mas yo que conozco
la fiera altivez
de mi padre, digo,
que sufro por él.
Mi padre corona
ciñe de marqués,
que debe algun día
pasar á mi sien.
Mas él con sus manos
recoje la mies,
y empuña la esteva,
ó tiende la red.
De nuestros amores
se dá el parabien,
porque no adivina
que sufro por él.
Mas toda esperanza
no debo perder.
Mi padre las iras
provocó del Rey.
Perdió sus estados...
Qué le queda, pues?
De ilustres abuelos
el falso oropel.
Mi amante me adora,
no debo temer.
Suspiros á un lado:
feliz soy por él.

ESCENA VII.

DIANA.—El MARQUÉS, *en traje de camino y por la puerta del fondo.*

MARQ. Diana.

DIANA. Llegad, padre mio,
y mis temores acaben.

MARQ. Sí; de una vez hallar deben
término nuestros pesares.
Estréchame alborozada:
vuelve otra vez á abrazarme,
y el llanto de los proscritos
jamás tus mejillas bañe.

DIANA. Qué dices, señor?

MARQ. Que pronto

verás del cielo de Nápoles,
las refulgentes estrellas
y el azul puro y suave.
Que serás de tus mayores
en los antiguos alcázares,
por hermosa celebrada
y envidiada como antes.
Que los reyes de Castilla
y Aragon, nobles y grandes,
mis desaciertos olvidan
y conceden sus bondades.
Que dueño, como otras veces,
de castillos y lugares
tendré vasallos humildes
que mis órdenes acaten.
Y en fin... Pero no me escuchas.
Pálido está tu semblante.

Qué tienes? No te embriaga
la dicha de contemplarte
en la magnífica altura
de donde un punto bajaste?

DIANA. Agradezco las mercedes
que los monarcas nos hacen,
porque llenan de alegría
el corazón de mi padre.
Vos encontráis la grandeza
que mucho tiempo gozásteis,
y que hasta aquí os perseguía
su deslumbradora imagen.
Yo, señor, nada echo menos
en aquestas soledades;

y si entré en ellas llorando,
mermaron tanto mis males,
que no es extraño al dejarlas
amargo llanto derrame.

MARQ. Ya encontrarás, hija mia,
un bien en nuestros hogares,
que no te deje memoria
del tiempo que aquí pasaste.
Marchar debemos alegres...

DIANA. Cuándo, señor?

MARQ. Esta tarde.

DIANA. Tan pronto?

MARQ. Yo no he querido

dejar este humilde traje,
por no llamar la atención
de estos buenos habitantes.

Mas es preciso, Diana,
que emprendamos el viaje
pronto; porque nos esperan,
ocultos y no distantes,
palafrenes y criados.

Dí la dueña que prepare
con la mayor prontitud
nuestro modesto equipaje,
en tanto que me despido
de nuestro huésped.

DIANA. Contarle
pensais de nuestra fortuna
el cambio?

MARQ. No: pues mas vale
dejarlo en su error; aunque
su generoso hospedaje
pienso al punto de partirnos,
con oro recompensarle.

DIANA. Quereis pagarle con oro?

MARQ. Con qué quereis que le pague?

DIANA. Mirad que ese labrador,
aunque de humilde linaje,
tiene un alma...

MARQ. Hacia aquí viene.

Aprovecharé de hablarle
la ocasion. Disponlo todo.

DIANA. Lo haré, señor.

MARQ. Y no tardes.

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS.—LEIVA.

LEIVA. Gracias á Dios! cuánto afán
manifestó esta mañana
por vuestra ausencia Diana.

MARQ. Sus penas acabarán,
para no reproducirse
en mucho tiempo.

LEIVA. Lo creo.
Ella os vé, como yo os veo;
no tendrá porque afligirse.
Y vos, para no turbar
su permanente alegría,
no abandonareis, ni un día,
este apacible lugar.

MARQ. No puedo permanecer
en tan risueña morada.

LEIVA. Os vais?

MARQ. Sí.

LEIVA. De vuestra amada
hija acabará el placer,
si os ausentais.

MARQ. No te aflija
su inquietud, honrado amigo;
porque llevaré conmigo...
A quién?

LEIVA. A mí tierna hija.

MARQ. A dónde?

LEIVA. A la misma tierra
que mis padres habitaron;
y de la que me alejaron
los rigores de la guerra.

MARQ. Es imposible!

LEIVA. Imposible!

MARQ. No puede ser.

LEIVA. Loco empeño.
Sin duda me ofusca un sueño,
pero un sueño muy horrible.

MARQ. No. Marchamos. De las leyes
el rigor han mitigado,
volviendo al Marqués su estado,
nuestros generosos reyes.
Con tal noticia, yo debo
aprovechar los instantes...

LEIVA. Pero me escuchareis antes
de marchar.

MARQ. Habla, mancebo.

LEIVA. Tiembla el corazon cobarde,
y queda el labio indeciso.
Oh! no os marcheis.

MARQ. Es preciso.

LEIVA. Y cuándo será?

MARQ. Esta tarde.

LEIVA. Pues escuchad: cuando aquí

llegásteis os estimé,
porque en vosotros hallé
la familia que perdí.

Fué mi respeto hácia vos
el que á un buen hijo conviene;
el que en la tierra se tiene
á un padre, imágen de Dios.
Al mismo tiempo una llama
ardió en mi pecho tan...

MARQ. Sella
el labio.

LEIVA. La adoro.

MARQ. Y ella?

Responde pronto.

LEIVA. Me ama.

MARQ. Qué dices? Habla.

LEIVA. Bien sé

que os pido un rico tesoro;
mas, perdonadme, la adoro
con tanto delirio y fé...

MARQ. Basta.

LEIVA. Siento que te aflija
mi súplica; pero es...

MARQ. De Pontevado el Marqués
yo soy?

LEIVA. Y es ella?

MARQ. Mi hija.

LEIVA. (Cayendo sobre un banco.) Ah!

MARQ. Ya ves que es un delirio
tu inesplicable deseo.

LEIVA. (Levantándose.)

Teneis razon. Ya lo veo.

(¿Qué humillacion! ¡que martirio!)

MARQ. Y así...

LEIVA. Dejadme. Por qué
vuestro nombre habeis callado?
Por qué así habeis abusado
de mi franca buena fé?

Si al pisar del labrador
la pobre y rústica casa,
en donde hallásteis sin tasa
generosidad y amor;
le contarais francamente,
en vez de mentidos duelos,
que de cien nobles abuelos
sois único descendiente:
el labrador comprendiera
que os daba, amándola, enojos,
y nunca alzára sus ojos
hasta la ilustre heredera.
Pero, en vez de así pensarlo,
tuvo el noble por mejor
engañar al labrador,
para despues humillarlo...
Idos. Lástima me inspira
de quien miente la grandeza.
Antonio!

MARQ.
LEIVA.

Vuestra nobleza
es una infame mentira.

MARQ.
LEIVA.

Callad!

(Con ironía.)

De mi opinion cedo,
y no la sostengo, no:
porque si el noble mintió
fué, Marqués...

MARQ.
LEIVA.
MARQ.

De qué?

(Con desprecio.)

De miedo.

Arrancaré la atrevida
lengua.

(Leiva detiene el brazo del Marqués.)

LEIVA.

Detened la mano,
ó ¡vive Dios! que el villano
os arrancará la vida.

MARQ.
LEIVA.

¡Mal nacido! (Forcejeando.)
(Apretándole el brazo.) Yo os prometo
que apreciará vuestra casta
la de este labrador...

ESCENA IX.

EL MARQUÉS.—LEIVA.—DIANA, que se precipita entre los dos.

DIANA.

(Leiva deja el brazo.) Basta.

(A Leiva.)

Es mi padre.

LEIVA. (Con amargura.) Lo respeto.
DIANA. (A Leiva.) Gracias!
LEIVA. (Con energía.) Señora, marchad
con vuestro padre.
MARQ. Marchemos.
(Se dirige á la puerta del fondo.)
DIANA. (Acercándose á Leiva.)
Jamás, jamás nos veremos!
LEIVA. Señora... En la eternidad.

ESCENA X.

LEIVA se pasea apresuradamente: despues se para y dice:

Bien, Antonio: aunque villano
no has abatido la frente
ante el orgullo insolente
de ese magnate italiano.
Y dominando el amor
que tu existencia envenena,
para romper su cadena
no te ha faltado valor.
Bien, pobre mancebo, si.
Mi júbilo no te asombre,
te has portado como un hombre,
y estoy contento de tí!

(Pausa.)

Contento tú, pobre mozo,
cuando tu amada has perdido
porqué grande no has nacido?...

Já; calma, calma tu gozo.

La sarcástica sonrisa,
que tanto ofende, no ves
en los labios del Marqués,
que te desprecia y te pisa?

No ves tu súplica vana
que al principio no le ofende,
porque siquiera comprende
que amar puedas á Diana?

Deja tu vana ilusión
que aumentará tus desvelos:
no tienes nobles abuelos...
Arráncate el corazón!

(Pausa.)

Qué soledad! Su profundo
silencio, oh Dios! me estremece.
Tengo miedo... Me parece

que solo quedo en el mundo.
Por qué en el terror me abismo?
Quién causa el temor que siento?...
Lo causa mi pensamiento...
Tengo miedo de mí mismo.
El pensamiento me advierte,
toda esperanza perdida,
que es mi tormento la vida...
que es mi descanso la muerte.
Para qué quiero vivir
con tan profundo despecho?...
Animo, Antonio; esto es hecho...
(Dirigiéndose hacia el fondo.)

ESCENA XI.

LEIVA.—CORREA, *que le cierra el paso.*

CORREA. A dónde vas?

LEIVA. A morir.

CORREA. Por qué?

LEIVA. Porque no me queda,
Hernando, esperanza alguna.

CORREA. Quién sabe! de la fortuna
no para nunca la rueda.

LEIVA. Fija para mí...

CORREA. No tal.

LEIVA. Quiero morir.

CORREA. Muy bien dicho,
y respeto tu capricho.

Pero sepamos tu mal.

Porqué aborreces la vida?

LEIVA. Porque pierdo la que adoro.

CORREA. Pues yo traigo tu tesoro,
la muerte y una querida.

LEIVA. Venga la muerte veloz.

CORREA. Si su imagen no te aterra,
llámala, Antonio, en la guerra,
y responderá á tu voz.

LEIVA. En la guerra?

CORREA. Sí: mas vale
morir con alguna gloria,
y que á los siglos la historia
un noble ejemplo señale.

LEIVA. Dices bien: á muerte fiera
la batalla me convida.
En dónde está mi querida?

CORREA. Tómalas, en esta bandera.
(*La presenta á Leiva que la mira en silencio.*)
No es jóven, y no se halla
robusta, dá compasion;
pero sus arrugas son
heridas de la metralla.
Mil valientes la adoramos,
aunque no es jóven ni bella;
despósate tú con ella
y sígueme á Italia.
LEIVA. (*Cogiendo la bandera.*)
Vamos.
Su esposo soy. No me asombra
el peligro. Cuando muera
me cubrirá esta bandera
como hoy me presta su sombra.
(*Tremolándola sobre su cabeza.*)

FIN DEL PRÓLOGO.

DRAMA

ACTO PRIMERO.

Gran salón en el palacio de Antonio de Leiva, con puertas laterales y en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS DE PONTEVADO.—EL CORONEL DE LOS TUDESCOS.

MARQ. Necesito la respuesta;
pues veloz el tiempo corre,
y todo debe cumplirse
antes de la media noche.

CORON. Breve es el plazo.

MARQ. No importa,
porque así serán mayores
las recompensas.

CORON. Me allano.

MARQ. Luego quedamos...

CORON. Conformes.

MARQ. Ya conoceis nuestro plan
por entero...

CORON. Sé que es doble,
y que influirán los sucesos
en nuestras resoluciones.

MARQ. Quizás debo recordaros
importantes pormenores.

CORON. Nada olvido.

MARQ. Mas...

CORON. Silencio.

Algunas paredes oyen.
y no estará bien que estas
escuchen nuestras razones.

MARQ. Sois prudente,

CORON. Separarnos
debemos ya, no nos corten
las palabras, y con ellas
nuestras buenas intenciones.
Dios os guarde.
MARQ. Guárdeos Dios.
CORON. Tendremos oro y honores.
MARQ. (Se vá por el fondo.)

ESCENA II.

EL CORONEL.

Aun duda el Marqués: no sabe
que ha dado al fin con su hombre,
y que me conviene mucho
asegurar bien el golpe.
Hombre de espada nací,
y saben Dios y San Jorje
que con la espada pretendo
alcanzar oro y blasones.
Quien mejor paga mas vale,
esta es mi ley y mi norte.
Traidores son los vencidos:
héroes son los vencedores.
Animo: para quedar
honrados en las traiciones
preciso es triunfar, venciendo,
voto al diablo! no hay traidores.

ESCENA III.

EL CORONEL.—CORREA.

CORREA. Mi coronel.
CORON. Bien venido.
(Si no escuchó nuestras voces.)
Qué noticias?
CORREA. Nada nuevo.
No cambian las posiciones
de franceses, italianos,
alemanes, ni españoles.
Van cuatro meses de cerco,
de asalto é intimaciones:
el francés firme en sus trece,
nosotros en las catorce.

Si atacan, los rechazamos
en las puertas y en las torres:
á su gruesa artillería
replican nuestros cañones:
á sus mas fuertes asaltos
nuestras salidas responden;
disputamos cuerpo á cuerpo
el agua y las provisiones;
y nos hallamos tan cerca
sitiados y sitiadores,
que, cuando tocan al arma,
el mas diestro desconoce
si franceses ó imperiales
son trompetas y tambores.
Así van pasando días,
y por mas que cruge el bronce,
lo mismo nos encontramos
que al principio: si no opone
unos cuantos vivos menos
y unos muertos mas...

CORON.

Conoce
muy bien el señor sargento
nuestras mútuas situaciones.
Mas olvida sin embargo,
aunque recordarlo importe,
que temblando se pronuncian
á todas horas dos nombres:
hambre y peste: que el soldado
un cuarto de racion come
y con el hambre y la peste
se arrastran los pobladores
de la ciudad, que si pronto
Pescara no nos socorre,
y el hacerlo es muy difícil,
por mas que el valor abone
de las imperiales huestes
esfuerzos heróicos, nobles,
mermadas por la epidemia
y del hambre á los rigores,
morirán sin que la gloria
su sacrificio corone.

CORREA.

Y qué mas dá? moriremos
impávidos defensores
de esta ciudad, tremolando
los imperiales pendones.
Curtidos ya en los combates,
de la guerra los furóres
traspasan, sin aterrorarlos,

nuestros duros corazones.
Alimento de las almas
son los bélicos redobles,
y hambrientos harán mas presa
los castellanos leones.
Rendirnos, nunca; morir
si el cielo no nos acorre
en las ruinas sepultados
de esos viejos torreones.
Esta es mi opinion, la misma
tiene el general, que note
la vuestra entre los mas firmes
de tus bravos campeones
permitireis.

CORON.

Quién lo duda.

CORREA.

Triunfar ó morir.

CORON.

Conformes.

CORREA.

El triunfo es nuestro con tal
conformidad de opiniones.

ESCENA IV.

EL CORONEL.—CORREA.—LEIVA *acompañado de varios oficia-
les españoles, alemanes é italianos.*—VELAZQUEZ.

LEIVA.

(A los oficiales que le acompañan.)

No hay en el campo enemigo
muestras de próximo alarde.

y se pasará la tarde

sin dar severo castigo

á su indómita arrogancia.

Yo velo por la ciudad;

un momento descansad,

mientras reposa la Francia.

VELAZQ.

Sus horas de calma son

de embates presagio cierto,

LEIVA.

Qué importa, si está despierto

el castellano leon?

CORON.

Y vos, general, con él,

siempre avivando su saña,

pronto á lidiar por España.

LEIVA.

Y por Austria, coronel.

Pues no es monarca distinto,

ni distinto caballero,

de España el Cárlos Primero.

y del Austria el Cárlos Quinto.

Y así con el mismo afán,

- por el mismo soberano
lidian flamenco, italiano,
españoles y alemán.
- CORON. Todos con un interés
sus derechos sostenemos.
- LEIVA. Y todos nos portaremos
bizarramente.
- CORON. Asi es.
- LEIVA. (*Con intencion.*)
Qué, por especial favor,
quizás la cesárea renta
ningun cobarde alimenta,
ni paga ningun traidor.
- CORON. Contando siempre con buenos,
mas tranquilo cada dia
estais.
- LEIVA. No me inquietaria
una traicion mas ó menos.
- CORON. No os dieran zozobra y pena
unos malos servidores?
- LEIVA. No: colgara à los traidores,
como à perros, de una almena.
Y sin mudar de color
saldria al campo despues.
- CORON. A qué?
- LEIVA. A matar un francés
por cada ahorcado traidor.
- CORON. Nuestra probada lealtad.
- LEIVA. Evitará el escarmiento.
(*Despidiendo à sus oficiales.*)
Aprovechad el momento
de la tregua, y descansad.

ESCENA V.

CORREA.—LEIVA.

- LEIVA. (*Sentándose.*)
Tambien yo descansaré.
- CORREA. Toda la noche has rondado;
debes estar fatigado.
No es así, Antonio?
- LEIVA. No, á fé.
- CORREA. Oh! de admirar no me canso
el buen temple de tu acero:
siempre al peligro el primero;
siempre el último al descanso.

Donde hay mayor riesgo, allí
de seguro te contemplo.

LEIVA. Yo debo dar el ejemplo:
yo que mando... no es así?

CORREA. Pero me asombra, en verdad,
que tanto tu brio sea.

LEIVA. Eso Hernando de Correa,
consiste en la voluntad.

CORREA. Pues qué, te rindes?..

LEIVA. Escucha,
y cállalo: yo no cejo
nunca; pero si forcejo
para sostener la lucha.
Aunque sereno me ves,
provocando los combates,
temo los rudos embates
del ejército francés:
y me atormenta el cañon
que hiere nuestra muralla,
como si bala y metralla
dieran en mi corazon.
Mientras la fiebre aniquila
á defensores leales,
recorro los hospitales
con faz serena y tranquila.
Mas es mentira mi calma
cuando el duro azote hiere:
cada soldado que muere
me lleva parte del alma.
Dicen que con franca risa
miro, y no atiendo á razones,
cómo nuestras provisiones
se agotan á toda prisa.
Y no sospechan la ruda
pena que en el alma siento
si un niño me llora hambriento,
ó me maldice una viuda.
No miran que estoy temblando
porque pide con razon
el soldado una racion
que darle no puedo, Hernando.
Y no ven bajo el alambre
de mi bruñida visera,
un rostro como la cera,
de angustia, fatiga y hambre.
Tanto sufres?

CORREA. Calla, calla.
LEIVA. Esto queda entre los dos.

Unico testigo es Dios
de mi sangrienta batalla.

CORREA.

Pero...

LEIVA.

En tanto que yo-aliente,
debe la hueste admirada
mirar mi faz sosegada,
alta y serena mi frente.
(*La mano sobre el pecho.*)
Truene aqui la tempestad;
brille en mi faz la alegría;
porque una sonrisa mia
valer puede una ciudad.

CORREA.

Antonio.

LEIVA.

Ya comprender
debes cuanto habré sufrido.

CORREA.

Y dime... tú no has comido?

LEIVA.

No he comido desde ayer.

CORREA.

Te callas, por vida mia,
y el hambre te está matando.

LEIVA.

Pues tráeme mi pan, Hernando,
y mi copa de agua fria.
Mas sírveme puntual,
mi advertencia no te asombre,
que está muy hambriento el hombre...
aunque firme el general.

ESCENA VI.

LEIVA.

Haz cuentas contigo mismo
por mas horrible que sea,
y francamente sondea
la inmensidad del abismo.
Un enemigo valiente
te combate numeroso,
sin dar tregua ni reposo
á tu fatigada gente.
Afligida la ciudad
y su suelo en sangre tinto,
imperan en su recinto
el hambre y la enfermedad.
Agotado tu tesoro
y tu vagilla acuñada,
de los templos la sagrada
plata has tomado y el oro.
Y despues de tanto afan,

cuando te pide ceñudo
el soldado, ni un escudo
tienes que darle ni pan.
Y en siniestra confusion,
que entre murmullos se apaga,
unos reclaman la paga,
y otros piden la racion.

(Pausa.)

Tras unos frágiles muros
con soldados descontentos,
enflaquecidos, hambrientos,
siempre abrumado de apuros
podré resistir? ... Podré.
A lo mejor no he de hundirme.
Siempre me ha encontrado firme
la suerte, y la venceré.

(Pausa.)

Te desplomas sobre mí,
ciudad de muertos y escombros?
No importa; sobre mis hombros
puedo sustentarte, sí.
No han de humillar mi bandera,
pues preparado me encuentro,
ni los apuros de dentro,
ni los combates de fuera.
Y, gracias á mi valor,
á mi indomable porfía,
seguirá siendo Pavía
de mi Rey y emperador.

ESCENA VII.

LEIVA. — VELAZQUEZ.

VELAZQ.

Mi general.

LEIVA.

Adelante.

VELAZQ.

Os busco, señor.

LEIVA.

Qué quieres?

VELAZQ.

En la antecámara esperan
algunos ancianos débiles
que, para entrar ante vos,
vuestro permiso les lleve.

LEIVA.

Qué solicitan?

VELAZQ.

Lo callan.

LEIVA.

Diles, capitán, que entren.

ESCENA VIII.

LEIVA.—*Momentos despues EL MARQUÉS.—SEIS ANCIANOS en trages que manifiestan distintas gerarquías.*

LEIVA. Vénia piden los ancianos...
(*Se pasea, acercándose á la puerta de entrada.*)
Qué me querrán esas gentes?

(*Los ancianos se detienen al ver á Leiva.*)

Pero se acercan. Señores,
pasen. Por qué se detienen?

MARQ. Señor, con nuestra embajada
temiéramos ofenderte.

LEIVA. Entrad, señores, entrad.

(*Entran los ancianos.*)

Pues solo mi vista temen
los que cobardes conspiran,
ó se delatan rebeldes.

MARQ. Obedecemos sumisos,
y sin quejarnos, tus leyes,
y á tí llegamos, porque
el que suplica no ofende.

LEIVA. Hablad.

MARQ. Tú, señor, conoces
que el hambre, la guerra y peste
azotes de Dios, destruyen
la ciudad que tú defiendes.
Tú ves de sus moradores
mustias y bajas las frentes,
y que su reposo hallan
en los brazos de la muerte.
Tú sabes...

LEIVA. Sé que conozco
cuanto en la ciudad sucede,
y que haciéndome su historia,
el tiempo, ancianos, se pierde.
Con referirlos, los males
no se trasforman en bienes,
y lo mejor es sufrirlos
hasta que Dios los remedie.

MARQ. Por eso á tí, que de Dios
estás haciendo las veces,
pues segun tu voluntad
dispones de nuestra suerte,
te suplicamos humildes
que tu autoridad emplees

para que tantas angustias
y tantos temores cesen.

LEIVA. No comprendo vuestras súplicas.

MARQ. Nuestra misión no comprendes?

LEIVA. No.

MARQ. Pues á nombre de un pueblo

sufrido, noble y valiente,
que de epidemia y de sitio
cuenta, señor, cuatro meses,
te pedimos...

LEIVA. (Con dureza.) Qué?

MARQ. (Tembloroso.) Perdona.

LEIVA. Prosigue.

MARQ. Un pueblo que muere
solicita...

LEIVA. Estás temblando.

Entre tus labios se mueven
las palabras, y se niegan
á salir. No te atormentes
en buscar fuerzas. No salen
quizás porque no conviene
que tus labios las pronuncien,
ni los míos las contesten.

Yo tal vez las adivino,
mas las olvido prudente;
bórralas de tu memoria,
y que jamás las recuerde.

MARQ. Y entretanto la epidemia...

LEIVA. Puede saciarse inclemente
lo mismo en mí que me burlo
de ella, que en tí que la temes.

MARQ. Y la guerra?...

LEIVA. Mas estragos
hace en mis armadas huestes,
que no en los pechos desnudos
de ciudadanos inermes.

MARQ. Y el hambre?...

LEIVA. A todos alcanza:

á todos su espada hiere.

Con un cuarto de ración
el soldado se mantiene,
y eso que sale á buscarla
á los contrarios cuarteles.

Con un cuarto de ración
vive, y vela, y manda el jefe...

Miradla.

ESCENA IX.

LEIVA.—EL MARQUÉS.—LOS ANCIANOS.—CORREA *que trae en un plato una copa de agua y un pedazo de pan negro.*

CORREA. Señor Antonio.
(*Viendo á los ancianos.*)
Pero...

LEIVA. Por qué retrócedes?
Acércate. Ved, señores,
cómo el general no miente.
Y hay ciudadanos que blanco
(*Dirigiéndose al Marqués.*)
pan comen que vino beben;
y es un sagrado sus casas,
un castillo sus paredes.

ANC. 1.º También hay otros, señor,
que ni ese pan...

LEIVA. Quién?
ANC. 1.º Presenta
está quizás.

LEIVA. Tú?
ANC. 1.º Yo.

LEIVA. Toma.
(*Presentándole el pan: el anciano rehúsa.*)
Vacilas porque te ofrece
todo un general tan pobre
y poco régio banquete?

ANC. 1.º Señor...

LEIVA. Será necesario
que una vez y otra te ruegue?
Toma. Señores, unidos
(*El anciano recibe el pan.*)
seguiremos siendo fuertes.
Decid que dentro del muro
no se verán los franceses.

ESCENA X.

LEIVA.—CORREA

CORREA. Vive Dios! que la hemos hecho
pronto y bien, por vida mía.

LEIVA. Pues yo estoy muy satisfecho,
y me ha de hacer buen provecho
esta copa de agua fría. (*La bebe.*)

- Nunca negocio mejor
hizo noble capitán:
te lo juro por mi honor.
He comprado un servidor
por un pedazo de pan.
- CORREA. Y toda esa gente honrada
que con tan vivo interés
vino à pedir?...
- LEIVA. Casi nada:
que esta ciudad y esta espada
(*Llevando la mano à su espada.*)
entregara yo al francés.
- CORREA. Leiva tal infamia oyó,
si tal infamia pidieron,
sin escarmentarlos?
- LEIVA. No.
Sus lábios no la dijeron,
pero la adiviné yo.
Y tuve muy buen cuidado
de que callasen su intento
ligeramente indicado;
porque así me han evitado
que haga un terrible escarmiento.
De la conclusion testigo
has sido, y mucho me alegro.
- CORREA. Pues yo no: como lo digo.
Hoy vale mas que un amigo
un pedazo de pan negro.
Y mi cuarto de ración
te juro que no daría...
- LEIVA. Tienes muy buen corazón. (*Se oye rumor fuera.*)
Escucha... Qué confusion
de voces, qué gritaría.
- CORREA. Voy... (*Dirigiéndose à la puerta.*)
- LEIVA. Espera... (*Deteniéndolo.*)
- CORREA. Mas allí
crece el rumor.
- LEIVA. De mujeres
no distingues gritos?
- CORREA. Sí.
- LEIVA. Hernando, escucha...
- CORREA. Qué quieres?
- LEIVA. Que no entre ninguna aquí.
(*Váse Correa.*)

ESCENA XI.

LEIVA.

No quiero que me taladre
el corazon un gemido
de desconsolada madre,
de huérfana que ha perdido
su único apoyo, su padre.
No quiero apurar el vaso
de hiel y tósigo.

ESCENA XII.

LEIVA.—DIANA.—CORREA, *que aparece un momento y se retira.*

CORREA.

Ahora

no podeis hablarle.

DIANA.

Paso

dejad á una dama.

CORREA.

Acaso...

LEIVA.

Retrate. Entrad, señora.

ESCENA XIII.

LEIVA.—DIANA.

DIANA.

Noble señor, perdonad.

(Desde que comienza á hablar Diana, empieza á inmutarse Antonio de Leiva.)

Mi atrevimiento y porfía,
grande y estraña en verdad,
pero la ciudad me envía...

LEIVA.

Qué me quiere la ciudad?

DIANA.

No vengo sola.

LEIVA.

Lo sé.

DIANA.

Una turba desolada
de tristes madres dejé,
y en su nombre os hablaré;
pues les cerraron la entrada.

LEIVA.

Señora... *(Será ilusion.)*

DIANA.

En vuestra bondad confío
para hacer mi peticion.

LEIVA.

(Me rebienta el corazon.)

- DIANA. No es esa su voz, Dios mío?)
Sé que un corazón de hombre
se oculta bajo ese acero.
- LEIVA. Sí, señora... Y no es asombro
mi pregunta: vuestro nombre
querreis decir?
- DIANA. Caballero,
es bastante conocido,
y no he de poner reparo.
Os quedará agradecido.
- LEIVA. Os quedará agradecido.
- DIANA. Condesa de la Somaro
soy.
- LEIVA. Qué?
- DIANA. No me habeis oído?
- LEIVA. Sí... perdonad.
- DIANA. A una voz
toda la ciudad pretende
que cese la lucha atroz,
ya que la muerte veloz
los negros espacios hiende.
- LEIVA. (No hay duda; su voz es esa.)
No hagais mi súplica vana,
porque mucho me interesa.
Quereis decirme, condesa,
vuestro otro nombre?
- DIANA. Diana.
- LEIVA. Diana habeis dicho?
- DIANA. Sí... Pero...
- LEIVA. Temblais?
- DIANA. Esperad un poco.
- LEIVA. Voy á llamar.
- LEIVA. No... Prefiero
estar solo.
- DIANA. Caballero,
qué teneis?
- LEIVA. (Me vuelvo loco.)
- DIANA. Estais convulso, turbado...
- LEIVA. Mi convulsion no os aflija.
(Es ella; no me he engañado.)
Del marqués de Pontevado
vos sois, señora?
- DIANA. La hija.
- LEIVA. No me conoceis?
- DIANA. Señor.
- LEIVA. Ciertamente es que media un abismo
profundo entre nuestro amor.
- DIANA. Sois Antonio el labrador,
príncipe de Ascoli?

LEIVA.
DIANA.
LEIVA.
DIANA.
LEIVA.
DIANA.
LEIVA.

Oh!

Diana?

Antonio!

Si!

Antonio!

Llámame así.

Es tanto el placer que siento
que recobro en un momento
la ventura que perdí.

Pero eres tú? No me engaño?

Han pasado año por año,

veinte mortales sin verte,

y de un modo tan extraño

ahora nos une la suerte.

De tu voz la melodía,

que siempre, siempre, á mi oído

un eco fiel repetía

te denunció hermosa mía.

Y yo no te he conocido.

DIANA.

LEIVA.

Es que tú estás tan hermosa

como te ví en la enramada

de mi vergel, fresca rosa:

cada vez mas amorosa.

Mas yo que, loco de amores,

cantaba, gentil renuevo,

mis delicias entre flores,

desesperado mancebo

corrí á buscar los furores

de la guerra; y en mi luto,

desapiadado guerrero,

daba á la muerte tributo,

hora aguijando mi bruto,

hora blandiendo mi acero.

Y con salvaje alegría

al bote mas rudo y fuerte

mi altivo pecho oponía;

y la muerte no venía

porque buscaba la muerte.

Mas del dolor, lo confieso,

no me libraron las mallas:

y así en mi frente está impreso

de mi dolor el escudo,

con el sol de cien batallas.

DIANA.

Y tu escelsa gerarquía

publica bien cuanta gloria

tu ardiente espada adquiría.

LEIVA.

Si; porque me sonreía

tu imágen en la victoria.
Y combatiendo á tu lado
ansiaba mi corazon,
lo que la suerte me ha dado,
por cada batalla un grado,
por cada golpe un blason.
Pero no mas recordemos
ese pasado inclemente;
si lo presente tenemos,
el mal pasado olvidemos
por gozar el bien presente.
El tiempo triste pasó,
y aunque hemos comprado caro
el bien, al cabo llegó.
Diana, soy príncipe.

DIANA.

Y yo.

Condesa de la Somaro.

LEIVA.

Y ese título?...

DIANA.

Publica.

que un padre rico, avariento,
y de ilustre nacimiento
casó á su heredera rica
con otro noble opulento.

LEIVA.

Casada!

DIANA.

Sí: por mi mal.

LEIVA.

Para qué el blason ahora
de príncipe y general?

DIANA.

Siempre un destino fatal...

LEIVA.

Separémonos, señora.
Llorais?

DIANA.

Sí: por que me pesa
renovar antiguos daños
á quien tanto me interesa.

LEIVA.

Separémonos condesa,
como hace veinte y dos años.

DIANA.

(Acercándose á la puerta.)

LEIVA.

Leiva, hasta la eternidad.

LEIVA.

(Despidiéndola.)

DIANA.

Diana... Guardaos Dios, señora.

DIANA.

(Volviendo.)

Olvidaba, perdonad,
que aquí soy la embajadora
de una abatida ciudad.

Pide á sus males remedio,
y son muy terribles, pues
juzga de curarlos medio
que pongais fin al asedio...
entregándola al francés.

Bien sé que á vuestra bravura
será grande sacrificio:
pero en tanta desventura
conservareis la honra pura
que no sufrirá perjuicio.
No quiero con la verdad,
trazar el cuadro sombrío
del hambre y la enfermedad:
lo conoceis y confío...

LEIVA. Que entregaré la ciudad?

DIANA. Se alza un lúgubre lamento
de aterradora agonía.

LEIVA. Señora...

DIANA. Affligiros siento,
respondeis á mi porfía?

LEIVA. Oidme, señora, un monmento.

La primera vez que os ví
dueña fuisteis de mi amor,

y lo matásteis: corrí
tras de la gloria, y aquí
quereis matarme mi honor.

Oh! terrible cosa fuera;
la adivino y no la creo;
si el amor la vez primera
perdí, que el honor perdiera
la segunda vez que os veo.
Pero no importa.

DIANA. Señor.

LEIVA. Respetemos el arcano.
Como en un tiempo el amor,
ahora pongo en vuestra mano,
condesa, gloria y honor.
Matadlo sin compasion.
No vacileis.

DIANA. No vacilo.

Tomo una resolucion
que me dicta el corazon,
y podeis estar tranquilo.
Para un renombre alcanzar
tú, soldado de fortuna,
has sabido pelear;
y tu mismo te has de dar
lo que no te dió la cuna.
Por mas pesada que sea
la carga sobre tus hombros,
resiste siempre, pelea;
aunque yo la ciudad vea
hecha cenizas y escombros.

No te rindas á dolor
nuestro: morir ó vencer
con indomable valor
es lo que manda el honor:
es lo que debes hacer.
En el muro ó en el llano
no perdones la fatiga:
no des reposo á la mano:
blande siempre el hierro insano....

LEIVA.

DIANA.

LEIVA.

Diana!

Adios.

(Vase.)

Dios te bendiga.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La decoracion anterior.

ESCENA PRIMERA.

CORREA, que sale por la puerta de la derecha. — VELAZQUEZ que entra por la del fondo.

CORREA. Bien venido, capitan.

VELAZQ. Cómo el sargento se halla?

CORREA. Como puede hallarse un hombre de mis años y mi facha.

Bien, siempre que el bronce ruge, bien cuando silban las balas;

pues, vive Dios! que me asusta morir tendido en la cama.

Pero en la mano traeis,

si mal no he visto, una carta?

VELAZQ. Es cierto; y ante un soldado

que toda la confianza

del gobernador merece

inútil juzgué guardarla:

porque este papel encierra

un secreto de importancia.

CORREA. Estais seguro?

VELAZQ. Seguro:

y si no juzga. Yo estaba

tirando á la espada prieta

en nuestro cuerpo de guardia,

y entró un soldado á llamarme

por encargo de una dama.

A tal aviso dejé

á mis contrarios las armas;

y apenas salí, se vino

á mi encuentro una tapada.

«Sois el capitan Velazquez?»

me preguntó: y revelaban

la agitacion de su pecho

sus balbucientes palabras.

«El mismo,» la respondí.

«Y, si no miente la fama,
»sois honrado, caballero,
»y os tiene en estima alta
»el general?» Insistió.
«Mi estirpe es bastante clara,
»y al general pertenecen
»mi corazon y mi espada.»
La respondí. «Pues tomad,
(repuso vertiendo lágrimas.)
»este billete, que á Leiva
»entregareis sin tardanza.»
Se lo juré por mi honor,
y, volviéndome la espalda,
se alejó de mi diciendo:
«Si bien cumplís, Dios os valga.»
«Amen» murmuré; y sin mas
me tienes en esta cámara
dispuesto á cumplir fielmente
la misteriosa demanda;
cuando vuelva el general
de recorrer las murallas.
Capitan, bonita historia,
y ademas muy bien contada:
pero no pudisteis ver
á la incógnita la cara?
No.

CORREA.

VELAZQ.

CORREA.

VELAZQ.

CORREA.

Ni un carrillo siquiera!
Ni la nariz.

Pues fué lástima.
Y, bien pensado, qué cosas
á los generales pasan.
Por eso yo, algunas veces,
me querello de mi mala
fortuna, que de sargento
ni me sube ni me baja;
en tanto que á otros soldados
á mucha altura levanta,
si es por bien, y si por mal
de aqueste mundo los saca.
Como ha de ser.

VELAZQ.

CORREA.

A propósito:
aunque me alegro, me pasma
ver á Leiva, á quien muy niño
arranqué yo de su casa,
para poner en sus manos
un escudo y una lanza
de soldado, siendo yo
sargento, cómo se halla

de general, y compite
con el marqués de Pescara;
mientras yo, siempre sargento...

VELAZQ.

Eso se explica por varias
razones que, en mi opinion,
el buen sargento no alcanza.
Cada cual para su cosa
nace, y, por mas que se afana,
el que nació para cobre
jamás se convierte en plata.
Yo nací?...

CORREA.

VELAZQ.

CORREA.

Para sargento.

Pues dígame, en las batallas
no me porto bien? ¿no doy
cintarazos y estocadas
como el que mas? no sacudo
cada mandoble que canta
el credo? no tengo?...

VELAZQ.

CORREA.

VELAZQ.

CORREA.

Manos,
Pues entonces qué me falta?

Cabeza.

Teneis razon.

El general me aventaja
en discurso: no le aturden
las criticas circunstancias;
y en los sangrientos combates
ordena, acuchilla y manda
con un corazon heróico
y una imperturbable calma.
Teneis razon: él nació
para servir al monarca
con el brazo y la cabeza,
y yo con las manos.

VELAZQ.

Bastan
para cumplir su deber
á quien bien sabe emplearlas.
Y yo, qué tal?

CORREA.

VELAZQ.

CORREA.

Bien, Hernando.
Pues entonces guerra á Francia.
Lo que no dé de consejos,
lo daré de cuchilladas.

ESCENA II.

CORREA.—VELAZQUEZ.—LEIVA.—UN PARLAMENTARIO, y algunos oficiales.

LEIVA. (A los oficiales.)
Os agradezco, señores,
vuestra celosa eficacia,
á la que debe no poco
el estado de la plaza;
y á nombre del soberano
os doy por ella las gracias.
Siento mucho separarme
de tan buenos camaradas:
mas del noble mensajero
úrgeme escuchar las pláticas,
y saber lo que propone
á un gobernador de España.
(Empiezan á salir los oficiales.)

VELAZQ. Señor. (Aparte á Leiva.)

LEIVA. (Lo mismo.)

Capitan.

VELAZQ.

Tomad

este papel, que una dama
puso en mi mano, y leedlo;
pues si las señas no engañan
es importante.

LEIVA. Lo haré. (Guardando el pliego.)

CORREA. Tienes que mandarme?

LEIVA.

Nada.

(Vánse por el foro Correa y Velazquez.)

ESCENA III.

LEIVA.—PARLAMENTARIO.

PARL.

De la cruda guerra el vario...

LEIVA.

Para abrir el Parlamento,
díguese tomar asiento
el señor Parlamentario.

(Leiva cae desplomado en un sitio, procurando
ocultar su fatiga.)

Ahora diga en buena ley,
y á nombre del Rey cristiano,
qué quiere del castellano
Antonio de Leiva, el Rey.

PARL. Os ama el rey mi señor
por valiente y caballero.

LEIVA. Por ambas cosas le quiero,
y pago así su favor.

PARL. Conoce que á vuestra audacia
y belicoso ardimiento
igual a vuestro talento.

LEIVA. Su magestad me hace gracia.

PARL. Sabe que á vuestra pericia
supera vuestra lealtad.

LEIVA. En eso su magestad
no me hace mas que justicia.

PARL. Juzga que, capitán sabio,
por una perdida causa
mas no combatireis.

LEIVA. Pausa:
que en eso el rey me hace agravio.

PARL. Que, cuatro meses de cerco
rendir pueden la constancia
de...

LEIVA. No sabe el rey de Francia
que soy riojano y muy terco.

PARL. Basta á honrar vuestra memoria
esta defensa.

LEIVA. Con todo,
yo lo miro de otro modo
y quiero ganar mas gloria.
Si resisti cuatro meses
solo, he de volver la cara
cuando el marqués de Pescara
sitiando está á los franceses?

PARL. Con ejército el rey cuenta
bastante á imponer castigo
á tan osado enemigo.

LEIVA. Y por qué no lo escarmienta?
Mas, si lo teneis á bien,
sin ambages ni reparo
decidme claro, muy claro,
á qué venis y por quién.

PARL. El monarca generoso,
y á vuestro esfuerzo rendido,
os propone un buen partido,
muy aceptable y honroso.

LEIVA. Esplicádmelo; si es
de tan buenas condiciones
que un español las razones
pueda escuchar de un francés.

PARL. El Rey, á otro capitán

de mas dudosa hidalguía,
grandes promesas haria
de oro, honores...

LEIVA. Por San Juan!

Que no sigais con tan raras
palabras, pues aunque inciertas,
si promesas encubiertas,
parecen ofensas claras.
Proseguid.

PARL. Sabe que en vos

mella de temor no labra
ni el golpe, ni la palabra.

LEIVA. Bien me conoce, por Dios.

PARL. Mas sabe que sois honrado,
y que por falsa lealtad
no vereis una ciudad
perecer.

LEIVA. Se ha equivocado.

Seguid.

PARL. Por cuya razon,
si nos dejais esta tierra,
los honores de la guerra
concede á la guarnicion:
que, banderas desplegadas,
cruzará nuestras trincheras.

LEIVA. Y qué hará de sus banderas
llevándolas deshonoradas?

PARL. Resistencia tan tenaz
honra su heróico valor.

LEIVA. Yo las cuestiones de honor
miro por distinta faz.
Y pues no vale el ardid,
tiempo y palabras perdemos,
porque no nos entendemos;
al Rey de Francia decid:
que defendiendo la ciudad.

ESCENA IV.

LEIVA.—EL PARLAMENTARIO.—VELAZQUEZ.

VELAZQ. General.

LEIVA. Sin mi permiso
interrumpís?...

VELAZQ. Es preciso
que os hable.

LEIVA. (Al Parlamentario.)

Disimulad.

(Aparte á Velazquez.)

Qué ha sucedido?

VELAZQ. (Idem.) En tropel
los tudescos se aproximan.

LEIVA. (Idem.)
En tan poco su honra estiman?

VELAZQ. (Idem.)
Vienen con su coronel
á la cabeza.

LEIVA. (Al parlamentario.)

Un momento,
por un negocio de urgencia,
tendreis la condescendencia
de pasar á otro aposento.

PARL. Así lo haré.

LEIVA. Capitan,
haréisle allí compañía.

(Ap. á Velazquez.)

Llevallo lejos. Mal dia
los tudescos nos darán.

ESCENA V.

LEIVA.

Por Santiago, mi patron!

Pretenden los alemanes

dar al traste con mis planes?

Será codicia ó traicion?

Hoy Dios, que me protegía,

su clemencia de mi aparta!

(Pausa.)

Velazquez me dió una carta.

Quizá el cielo me la envía

(Saca la carta, rompe el neta y lee.)

«Leiva, vive sobre aviso.

»Hace á tu causa traicion

»un tudesco, y la ocasion

»espera. Vela, es preciso.»

Un tudesco? Este papel

adrede oculta su nombre;

mas ya conozco mi hombre:

es sin duda el Coronel.

Que venga. Cuanto deseo

verlo: pues es cosa clara

que la traicion en su cara,

si es traidor, al punto leo.
Y el traidor tudesco tiene
de fijo, mala ventura,
si me dice la lectura
su traicion. Pero aquí viene.

ESCENA VI.

LEIVA.—EL CORONEL.—ALGUNOS SOLDADOS TUDESCOS *que se quedan agrupados á la puerta.*

CORON. (*Deteniéndose en la puerta.*)
Mi general.

LEIVA. Coronel.
por qué deteneis el paso?
Tiembla mi palacio acaso,
y hundiros temeis con él?
(*El Coronel entra.*)
Tambien os pueden seguir
vuestros soldados. Dudais?
(*A los soldados que entran pausadamente.*)
Y vos, Coronel, no hablais?
A qué vienen?

CORON. A pedir
la paga y racion entera.

LEIVA. Piden en buena ocasion.
He resuelto una racion
dar mañana... en la trinchera.
Y allí veré, por mi vida,
despues de este bravo alarde,
si hay quien se quede cobarde
sin una racion cumplida.

CORON. Todos saben pelear,
pero antes, y seré breve,
la paga que se les debe
quieren, señor, alcanzar.

LEIVA. Y la piden en tropel
con bien descompuestos modos.

SOLDS. La paga!

LEIVA. Silencio todos.
Que hable vuestro Coronel.

CORON. La paga quieren, y ahora.

LEIVA. Pues es un fuerte embarazo.
No me concedeis un plazo?

CORON. Concedemos una hora.

LEIVA. Nada mas?

CORON. Nada mas.

LEIVA. Corto

me parece; sin embargo,
ya que no le dais mas largo,
vereis como en él me porto.

(A los soldados.)

Ahora alejaos de aquí.

CORON.

A la puerta esperarán.

LEIVA.

Por qué mas lejos no van?

CORON.

Porque estarán bien allí.

LEIVA.

Bajad, pues. Esperad vos.

(Los soldados empiezan á bajar, el Coronel vá á reunirse con ellos, y Leiva lo detiene.)

CORON.

Debo seguirlos.

LEIVA.

Paciencia.

Una corta conferencia

(Cerrando la puerta.)

vamos á tener los dos.

ESCENA VII.

LEIVA.—EL CORONEL.

CORON.

Me violentais?

LEIVA.

No lo sé;

mas lo que si os aseguro

es que en un plazo muy breve

tenemos que arreglar mucho.

CORON.

En otra ocasion...

LEIVA.

Callad.

Ahora mando, no pregunto;

pronto pediré respuestas,

aunque no largos discursos.

Escuchadme. Bien sabeis

que está la ciudad en sumo

peligro.

CORON.

Lo sé.

LEIVA.

Que apenas

bastan mi esfuerzo y mi influjo

para rechazar asaltos

y ahogar civiles disturbios.

CORON.

Lo sé.

LEIVA.

Sabeis que mi gloria

puede convertirse en humo,

si cuatro meses de afanes

se pierden en un segundo.

CORON.

Lo sé.

LEIVA.

Que un Parlamentario

está dentro de los muros

:

sabeis tambien?

CORON.
LEIVA.

Sí.

Y ahora

acaudillando un tumulto,
representais al francés,
de la discordia el conjunto?
Vengo á pedir...

CORON.
LEIVA.

Pan y paga?

Coronel, el disimulo
es inútil; la traicion
en vuestros ojos descubro.
Aquí venis á ganar
algun puñado de escudos
del francés, y de mi honra
á ser pérfido verdugo,
General.

CORON.
LEIVA.

Silencio. Oidme
con suma atencion.

CORON.
LEIVA.

Escucho.

Aunque arrogante y alegre
entre las filas discurro,
y de la hueste enemiga
provocándola, me burlo,
la tengo miedo...

CORON.
LEIVA.

Sí?

Miedo.

Sus soldados uno á uno
cuento, y son setenta mil
los que amedrentado sumo.
Despues miro de mis tropas
los rostros pálidos, mustios,
y débiles los que fueron
vigorosos y robustos.
Sila muralla recorro,
mi triunfal marcha interrumpo
ante las brechas que mal
á mi sitiador oculto.
En una palabra, temo,
estoy debil, moribundo,
y vos lo sabeis ahora,
porque yo mismo os lo anuncio.
Capitular.

CORON.
LEIVA.

No: no es eso,

Coronel, lo que yo busco.

CORON.
LEIVA.

No comprendo.

Deposito

en el alma de un perjuro
secretos, que á los leales

- reservo.
- CORON. Y qué?
- LEIVA. Poco ducho
estáis.
- CORON. Pues qué?...
Mi secreto
- LEIVA. os dije, porque á ninguno
podreis venderlo...
- CORON. Pensais
asesinarme?
- LEIVA. No uso
el puñal, pero si pienso
mataros.
- CORON. Matarme?
- LEIVA. Justo.
Y os he de hacer el honor,
que no mereceis, lo juro,
de daros muerte en secreto
con mi espada y con mi puño.
- CORON. Cuerpo á cuerpo?
- LEIVA. Y brazo á brazo.
- CORON. General, entonces dudo
que triunfeis.
- LEIVA. Poco me importa
como aquí quede un difunto.
- CORON. Si moris?...
- LEIVA. No ha de pedirme
cuentas mi Rey; mas si triunfo,
la vida de la ciudad
hallaré en vuestro sepulcro.
- CORON. Y si los tudescos piden
su Coronel?
- LEIVA. Yo no dudo
que dándoles un cadáver
queden contentos. Al punto
en guardia. (*Sacando la espada.*)
- CORON. (*Idem.*) En guardia.
- LEIVA. Con brio,
que tengo pocos minutos.
- CORON. (*Tirando una estocada.*)
esta al corazon.
- LEIVA. (*Parándola y contestándola.*)
La paro,
esta á fondo...
- CORON. ¡Ay!
(*Vacila y deja caer la espada, se sostiene un mo-
mento en la puerta de la izquierda y cae.*)
- LEIVA. Cayó... Rudo

fué el golpe... Coronel... Muerto
está... Un papel. Bien, el público
*Leiva se aproxima al herido, le abre la ropa para
descubrirle la herida y le saca un papel que em-
pieza á leer.*)
testimonio de su infamia.
Lo entraré aquí. Ya seguro
estoy. ¿Si dirá la historia
que le asesiné? No huyo
su juicio, poco me importa.
*(Guarda el papel sin acabar de leerlo y arrastra
al muerto fuera de la escena.)*
Sepa yo que mi honor puro
está: con ello me basta;
diga lo que quiera el mundo.
*(Abre la puerta del fondo, despues la de la iz-
quierda y llama.)*

ESCENA VIII.

LEIVA.—VELAZQUEZ.—PARLAMENTARIO.

LEIVA.

(Al Parlamentario.)

Señores, salid. De nuevo
esta interrupcion disculpo,
y para evitarlas voy
á terminar nuestro asunto.
Decid á su Magestad
que pudiera con orgullo,
por lo muy poco que valgo,
oir la opinion que le plugo
formar de mí; que respeto...
Pero quién entra.

ESCENA IX.

LEIVA.—VELAZQUEZ.—PARLAMENTARIO.—CORREA y dos solda-
dos españoles que traen un escudo cubierto con una bandera
y se quedan en la puerta.

CORREA.

Yo soy:

y pues con tiempo aquí estoy
queda cumplido mi objeto.

LEIVA.

A qué vienes?

CORREA.

No te asombre.

Al español represento,

- y de plática un momento
vengo á pedir en su nombre.
PARL. Me retiraré...
LEIVA. A salir
esta audiencia no os obliga.
Cuanto un español me diga,
podeis, caballero, oir.
(A Correa.)
Hablad, Hernando.
- CORREA. Han sabido
los hispanos escuadrones,
que á pedir paga y raciones
los tudescos han venido.
(Movimiento de alegría del Parlamentario.)
LEIVA. (Al Parlamentario.)
Es verdad. Y para ahorraros
semejante impertinencia,
corté nuestra conferencia.
(A Correa.)
Sigue.
- CORREA. Sin poner reparos
á tan generosos planes,
dice el soldado español,
que el derecho, mas que el sol
claro, es de los alemanes.
LEIVA. ¿Eso dice?
- CORREA. Si; y sostiene
que, por la mar y la tierra,
ha de comer de la guerra
quien á hacer la guerra viene.
Y puesto que has de aumentar
al aleman su tesoro,
y que has de repartir oro...
PARL. El español viene?...
- LEIVA. A dar.
CORREA. Es claro. ¿A qué ha de venir?
Sobrado de plata está,
y quien tiene que dar dá
á quien tiene que pedir.
Entrad, soldados. Levante
(Entran los soldados.)
el señor Parlamentario
ese morado sudario.
PARL. Oro! (Levanta la bandera.)
CORREA. No hay por qué se espante.
Ni gran mérito la obra
tiene, pues los castellanos
solo dan á sus hermanos

- la riqueza que les sobra.
PARL. Doblas, joyas. (*Moviendo el oro.*)
CORREA. (*Queriéndole impedir que vea mas hondo.*)
Caballero...
- PARL. Embutidos de armadura...
CORREA. Es porque va mas segura
la vida bajo el acero.
- LEIVA. Y no te han acompañado
mas soldados?
- CORREA. Para qué?
Saben que yo cumpliré
su mision como hombre honrado.
Y olvide otra pretension,
que por mi lábio te anuncian.
Desde mañana renuncian
á su cuarto de racion.
- LEIVA. Y quieren?...
- CORREA. Tenerla entera.
(*Al Parlamentario.*)
Y vos sereis buen testigo;
porque van del enemigo
á buscarla en la trinchera.
VELAZQ. (*Llegándose á Correa.*)
Bien hablado. Vive Cristo!
- CORREA. (*A Velazquez.*)
LEIVA. Al Rey por toda respuesta
contareis lo que habeis visto.
(*Al Parlamentario que vá á salir y se detiene al
oir ruido fuera.*)
- PARL. Y los gritos, con que ahora
manifiesta su codicia
vuestra tudescia milicia?
- LEIVA. (*Se habrá cumplido la hora.*)
(*Al Parlamentario.*)
Esperad.
- PARL. Esperaré.
- LEIVA. (*A Correa.*)
Lleva ese escudo; y con arte
su contenido reparte
á los tudescos.
- CORREA. (*Se vá con los soldados.*)
Lo haré.
- LEIVA. (*A Velazquez.*)
Entra en esa habitacion,
y, anunciándolo tres veces,
lo primero en que tropieces
arroja por el balcon.
(*Váse Velazquez por la derecha.*)

ESCENA X.

LEIVA.—EL PARLAMENTARIO. *Anochece.*

PARL. Sujeto á peligros varios
estais.

LEIVA. Os parece así,
porque lo que veis aquí
no ven los Parlamentarios.
(*Cesan los gritos.*)
Por lo demas no me pesa
que sepais cuanto habeis visto;
porque al cabo yo resisto
y he de salir con mi empresa:
De la tudesca legion
acabó la gritería
como yo lo preveia.

ESCENA XI.

LEIVA.—EL PARLAMENTARIO.—VELAZQUEZ.

LEIVA. Lo echásteis por el balcon?
VELAZQ. Dí tres gritos.

LEIVA. Y despues?

VELAZQ. Lo arrojé con calma y brio.

PARL. Y qué era?

LEIVA. El cadáver frio.

de un partidario francés.

De un coronel aleman

que conspiraba vilmente.

Y qué decia su gente

cuando lo vió, capitan?

VELAZQ. Corrieron con alegría,

haciéndome mil saludos

á recibir los escudos

que Hernando les repartia.

PARL. (*A Leiva.*)

Y le matásteis vos?

LEIVA. Sí.

Aunque traidor y villano,

le dí muerte por mi mano

mientras estábais allí.

Dejé la cuenta arreglada

como cumple á un caballero.

(*Desnuda el acero.*)

Tinto en sangre está mi acero,
y allí en el suelo su espada.
A vuestro campo marchad,
y mientras á nueva lid
llegamos, al rey decid
cómo queda la ciudad.

ESCENA XII.

LEIVA.—PARLAMENTARIO.—VELAZQUEZ.—CORREA *azorado*.

LEIVA. Acabaste ya?

CORREA. Acabé
con la tudesca milicia.

(*Aparte á Leiva.*)

Pero traigo una noticia.

LEIVA. Dímela y recio.

CORREA. Hablaré.

Me acaban de noticiar,
y es muy justo que lo entiendas,
que están quemando las tiendas
del campamento auxiliar.

LEIVA. Quién lo ha visto?

CORREA. Desde el muro.

LEIVA. Pues entonces cosa es clara
que no estaba allí Pescara
ni cómodo ni seguro.

PARL. Sin socorro...

LEIVA. Capitan,

para formarles procesos,
quiero que me pongais presos
á todos los que aquí estan.

(*Dándole el papel que traia el Coronel. Vase Velazquez.*)

ESCENA XIII.

LEIVA.—PARLAMENTARIO.—CORREA.

PARL. Reflexionad un momento
que una loca resistencia...

LEIVA. Va acabando mi paciencia...

Y se acabó el parlamento.

Al Rey de Francia contad,
ya que lo habeis presenciado,
las discordias, y el estado

horrible de la ciudad.
Id con los ojos abiertos.
Ved nuestras flacas murallas,
y bajo brillantes mallas
los soldados de hambre muertos.
Mas añadid, pues conviene
que el rey cristiano lo entienda,
que á buscarlo iré á su tienda
mañana si aquí no viene.
Que toda réplica es vana
desde hoy mas entre los dos:
(*Tendiéndole la mano.*)
Id, caballero con Dios.
(*Estrechándose la.*)
El os guarde.

PARL.

LEIVA.

Hasta mañana.

ESCENA XIV.

LEIVA.—CORREA.

CORREA.

Piensas cumplir la promesa
que acabas de hacer?

LEIVA.

Sin duda:

y si Santiago me ayuda,
he de salir con mi empresa.
Mas no puedo resistir
tantos lúgubres gemidos;
me atormentan los oídos.
Quiero vencer ó morir.
Me acosan unos y otros,
y aunque parece mentira,
si Pescara se retira
qué haremos aquí nosotros?
Fuera prudencia y temores.
Mañana acaba el afán.
Guerra á muerte. Capitan?...

ESCENA XV.

LEIVA.—CORREA.—VELAZQUEZ.

VELAZQ.

Ya estan presos los traidores.

LEIVA.

Todos?

VELAZQ.

Todos. (*Dándole la lista.*)

LEIVA.

(*Tomándola.*) Sí. Veré
quiénes son, y no os asombre,

CORREA. los presos nombre por nombre.
No lo sabias?

LEIVA. No á fé.

(*Lee para sí.*)

(Uno y otro. Cielo santo!)

Estan todos presos?

VELAZQ. Sí.

CORREA. Qué tienes?

LEIVA. Nada. (Leo aquí
nombres que me dan espanto.)

Es preciso un escarmiento

hacer pronto é imparcial.

Velazquez, el tribunal

de guerra reúne al momento.

Que con celeridad grande,

cual la ley de la milicia

requiere, falle en justicia,

y ejecute lo que mande.

(*Velazquez vá á salir.*)

Espera. Tambien prepara

tus soldados, capitan;

porque mañana verán

al enemigo la cara.

Nueva corona de gloria

conquiste al lucir el sol

cada soldado español;

con la muerte ó la victoria.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La decoracion de los anteriores, alumbrada por dos candelabros, cuyas velas están próximas á estinguirse.

ESCENA PRIMERA.

DIANA *sentada en un sitial.*

Qué ansiedad... Arde mi frente...

No se disipan las sombras,
y con torpe pié se arrastran
pesadamente las horas.

A esta cámara por fin
logré llegar: mas qué importa
mi logro, si en ellos quedo
triste, y angustiada y sola?
(Pausa.)

No es tósigo que la vida
va royendo gota á gota,
es una espada, que hiere,
mi insoportable zozobra.

En vano mi pecho lanza
las quejas mas lastimosas,
porque están estas paredes
á mis tristes quejas sordas.

Este silencio me abruma
como una sepulcral losa,
y el aire que aquí respiro
no me reanima, me ahoga.

(Se levanta.)

Qué afán; qué noche tan larga!

No puede tardar la aurora,
y con todo ni un pié humano

se arrastra sobre esta alfombra.

Cómo dormirán? Sin duda

tienen el alma de roca

pues hallan reposo cuando

muchos infelices lloran.

(Pausa.)

¿Mas qué ruido? De esa parte

(Señalando la de la derecha.)
miro entreabrirse las hojas...
Un hombre!... Gracias, Dios mio!
Yo te doy gracias!

ESCENA II.

DIANA.—CORREA armado de infante.

CORREA. Señora...
DIANA. No os asombre mi presencia;
no con la mirada torba
rechaceis á una infeliz
que vuestro socorro implora.
CORREA. Hablad sin temor.
DIANA. Deseo,
y os lo suplico llorosa,
ver al general.
CORREA. Mas tarde.
DIANA. Necesito verlo ahora.
CORREA. Es imposible.
DIANA. Imposible?
Mas que la vida y la honra
me va en ello. Lo entendeis?
Si late bajo esa cota
un corazon, si buen alma
os dió la misericordia
de Dios, prestad un consuelo
á mi asesina congoja.
CORREA. Dios me ha dado un alma buena;
vuestros gemidos me agovian,
y lágrimas á mis ojos
dan vuestras pupilas rojas;
mas no puedo hacer que Leiva
en este momento os oiga.
DIANA. Está durmiendo? Si duerme
despertadlo, que muy cortas
serán mis razones: luego
podrá dormir.
CORREA. No reposa.
DIANA. Si militares cuidados
tiempo y atencion le roban,
muy poco puede quitarle
una frase de mi boca.
Vamos.
CORREA. No puedo.
DIANA. Os daré

- oro y riquísimas joyas.
CORREA. Tal ofensa un hombre honrado
á vuestro dolor perdona;
mas no se vende un sargento
de la milicia española.
- DIANA. Teneis razon. De mi ofensa
no hagais caso... Yo estoy loca.
Os suplico por la vida
de vuestra madre.
- CORREA. En la gloria
está.
- DIANA. Teneis hijos?
- CORREA. No.
- DIANA. Tendreis una casta esposa?
- CORREA. Tampoco. Nací soldado,
y á un soldado no acomodan
esos diges.
- DIANA. Venerais
la sacrosanta memoria
de vuestra madre?
- CORREA. Eso sí:
y diera mi sangre toda
por honrarla en este mundo.
- DIANA. Por ella os ruego; se gozan
las almas de nuestras madres
cuando sus hijos las honran.
Vamos.
- CORREA. (*Balbuente.*)
Salió el general
á media noche, y aun ronda.
DIANA. Dónde estará?
- CORREA. En la muralla.
- DIANA. Voy... Pero no... Tengo poca
fé en lo que hablais, y recelo
que me alejais con hipócrita
compasion, para que Leiva
no me encuentre aquí. No otras
razones teneis... Mirad:
no puedo en tan angustiosa
incertidumbre un momento
vivir. Si con traidora
intencion de este recinto
me alejais; si la deshonra
vuestra, mintiendo, labrais,
haga Dios que caiga toda
la sangre sobre la frente
del que mi designio estorba.
Adios.

CORREA.

Deteneos.

DIANA.

(Con desprecio.) Mentiais.

CORREA.

Mirad.

(Señalando la puerta de la derecha, en la cual aparece Leiva completamente armado y con la bandera que sirvió en el prólogo, la cual entrega á Correa, que se vá por el fondo.)

ESCENA III.

DIANA.—LEIVA.

DIANA.

(Adelantándose.)

Príncipe!

LEIVA.

(Intentando cruzar la escena.)

Señora.

DIANA.

A dó vais?

LEIVA.

A do me llama
mi sagrado deber.

DIANA.

No sin antes responder
á los ruegos de una dama.

LEIVA.

Mi impaciencia perdonad,
y no lo juzgueis ofensa;
marcho, porque la defensa
me llama de la ciudad.

DIANA.

Aquí os detendrá el clamor
de una muger afligida,
que vé en peligro la vida
de su buen padre, señor.
Aquí os detendrá el gemido
y la súplica piadosa
de una desgraciada esposa
que pide por su marido.
Aquí las quejas estranas
y un dolor, el mas prolijo,
de madre que por el hijo
os pide de sus entrañas.
Estos tres grandes dolores
os detendrán: bien lo veo.

LEIVA.

Y qué quereis?

DIANA.

Qué deseo?

El perdon de tres... traidores.

LEIVA.

A un tribunal sometida

está, señora, su suerte.

DIANA.

Podrá imponerles la muerte,
y vos les dareis la vida.

Sin comprender su desgracia,

dura ley de la milicia,
hará el tribunal justicia;
pero vos les hareis gracia.

(Pausa.)

Por qué callais? Por qué el llanto
no restañais de mis ojos?
Os dan por ventura enojos
mis súplicas y quebranto?

(Leiva hace ademán de irse.)

Os marchais? De una muger
calmad las desdichas fieras.

LEIVA. Voy, señora, á las trincheras,
á triunfar ó perecer.

DIANA. Yo no os dejaré salir
si antes no me prometeis
que á los tres perdonareis.

LEIVA. No sé, señora, mentir.

DIANA. No los perdonareis? Nuevo
dolor haced que taladre
mi corazon. A mi padre
no salvais?

LEIVA. Mucho le debo.

Un dolor y una memoria,
condesa, que no han podido
sepultar en el olvido

veintidos años de gloria.

El destruyó mi esperanza:

envenenó mi destino:

se atravesó en mi camino...

DIANA. Y hoy cumplís vuestra venganza.

En vez de tanta grandeza

mostrar, que se busque en vano

comparacion, de un anciano

pisais la noble cabeza...

Imposible. Al cielo plugo

daros un corazon grande;

y, aunque el tribunal lo mande,

no hará justicia el verdugo.

Gracia, señor! Generoso

ser, cual siempre, os corresponde;

salvad la vida del conde.

LEIVA. Tambien por él?

DIANA. Es mi esposo.

LEIVA. Ese título...

DIANA. Los cielos

santificaron; y ahora

ese título...

LEIVA. Señora,

no alimenteis mas mis celos.
Pude sufrir y callar
antes; pero ya rebienta
en mi pecho la tormenta,
como en los antros del mar.
Y á fuerza de padecer...

DIANA.

Sereis mas grande, señor.

LEIVA.

Mucho os inspira el amor.

DIANA.

Mucho me manda el deber.

Perdonadme si os aguijo:

y aunque mal mi ruego os cuadre,
tendreis piedad de una madre
qus os suplica por su hijo.

En jamás os ofendió,

y las prisiones le oprimen.

LEIVA.

En ser hijo lleva el crimen

de quien la vida le dió.

DIANA.

Y por ello castigado

será con muerte fatal?

LEIVA.

Corresponde al tribunal

ejecutar lo fallado.

DIANA.

Y vos?

LEIVA.

(Queriendo irse.)

Perdonad, señora.

DIANA.

Un momento. Mi afliccion

no os inspira compasion?

LEIVA.

Va despuntando la aurora.

DIANA.

Y qué me importa su luz!

LEIVA.

Me llama el honor.

DIANA.

A mí

la muerte me clava aquí.

Por el que murió en la cruz

perdon os pido y lo espero.

LEIVA.

No puedo, señora.

DIANA.

Oh!

No podeis perdonar?

LEIVA.

No.

DIANA.

Escuchadme, caballero.

LEIVA.

Considerad que esperando

está la hueste.

DIANA.

No importa.

será la detencion corta.

Ya no suplico, ahora mando.

Jamás consentireis vos,

aunque mas traidores fueran,

que hijo, esposo y padre mueran

de la que...

LEIVA.

Gallad, por Dios.

DIANA. De la que faltando infiel
á hijo, esposo y padre, un día
al defensor de Pavía
osó escribir un papel
denunciando una traicion.

LEIVA. Vos?

DIANA. Al delator teneis
presente; si os atreveis,
negadle, Leiva, el perdón.
Poco me importa la fama.
Yo misma publicaré
el crimen que perpetré
y el premio.
(*Suena un clarín.*)

LEIVA. El clarín me llama.

DIANA. Y no me respondeis?

LEIVA. Puedo
responderos? No.

DIANA. Me aterra
(*Suena segunda vez el clarín, y Leiva manifiesta
su impaciencia.*)
vuestro silencio... A la guerra
id, que me estais dando miedo.
Saciad esa sed de gloria
que va de la muerte en pos.
(*Alejándose de Leiva, que se dirige á la puerta.*)
(*Parándose.*)

LEIVA. Señora, rogad á Dios...

DIANA. (Acercándose á Leiva.)
Qué?

LEIVA. Que nos dé la victoria.

ESCENA IV.

DIANA.—Un momento despues EL MARQUÉS.—VELAZQUEZ.

DIANA. La victoria!... No... Si el cielo
oye mi oracion devota,
te dará infame derrota,
porque tú das muerte y duelo.
En vano tu brazo fuerte
herirá con marcial brio.
Hija infelitz.

MARQ. Padre mio!

DIANA. A dónde vais?

MARQ. A la muerte.

DIANA. Ay!

(Cae desplomada sobre el sitio.)

Hija mía!

MARQ.
VELAZQ.
DIANA.

Condesa.

Dejadme... Y os acercáis
vos, que impasible lleváis
á los verdugos su presa?

(Levantándose.)

Atrás. Presenciar os toca
mi dolor y mis enojos.

No veis que lanzan mis ojos
rayos, y fuego mi boca?

Si para vos son festejos
los ayes de la agonía,

podeis presenciar la mía;
mas lejos de mí, muy lejos.

Dudais?

VELAZQ.

No dudo, señora.

Aunque he crecido guerrero,
no es mi corazón de acero.

Quedais solos media hora.

ESCENA V.

DIANA.—EL MARQUÉS.

DIANA.

Perdonadme... Se alejó.

Pero así el tiempo perdemos.

MARQ.

Y qué decirnos podemos?

Qué hacer?

DIANA.

Qué hacer?... Qué sé yo!

MARQ.

Preso, condenado... Así
nada puedo; nada valgo.

DIANA.

Pues es preciso hacer algo.

MARQ.

Y por qué te encuentro aquí?

DIANA.

Porque he venido á cansar
con súplicas repetidas
al hombre que vuestras vidas
puede... si quiere... salvar.

Y nos perdona?

MARQ.

Señor...

DIANA.

MARQ.

Esa turbación... Perdido
estoy.

DIANA.

No habeis conocido?...

MARQ.

A quién?

DIANA.

Al gobernador.

MARQ.

No.

DIANA.

Bajo su rico traje...

y esto aumenta mi congoja,
el labrador de Rioja
está que nos dió hospedaje.
Imposible!

MARQ.
DIANA.

Con un alma
altiva, arrogante, fiera,
tras la militar bandera
ganó la guerrera palma.
Tan sábio como leal
y valiente, el soberano
puso en su sangrienta mano
un baston de general.
Porque bien su frente tenga

MARQ.
DIANA.

de Príncipe la corona...
El general nos perdona?
El labrador hoy se venga.
Humillásteis imprudente
la altivez de un castellano,
y por pisar un gusano
pisásteis una serpiente.
Llorando me vió á sus piés.
Y no te dió una esperanza?

MARQ.
DIANA.
MARQ.

No.
Su terrible venganza
cae á un tiempo sobre los tres.
Llorar te verá y sufrir
huérfana á un tiempo, viuda
y sin hijo, la mas cruda...
Mi hijo no puede morir.
Condenado está.

DIANA.
MARQ.
DIANA.

No es cierto.
Si condenado estuviera,
antes de saberlo, hubiera
su madre de dolor muerto.
Padre, os engañais de fijo.
El dolor engaña á veces.
No son tan fieros los jueces
que asesinen á mi hijo.
Mas no son los jueces, no,
los que le asesinan, cielo!
le mata su propio abuelo,
le mata su padre... Oh!
Por qué á planes tan estraños
vos, cargado de experiencia,
inclinásteis su inocencia,
sus tiernos diez y ocho años?
Por qué su padre... qué horror!
por qué su anciano padre

lo separó de su madre
para enseñarlo á traidor?
Es preciso que suplique,
que derrame mis riquezas.
Cercenen vuestras cabezas,
pero no la de mi Enrique.
Mi padre y mi esposo son
criminales... Desvarío.
Perdon, perdon, padre mio!
Me vuelvo loca.
(Arrodillándose.)

Perdon!

MARQ. Infeliz, levanta y llora.
DIANA. No. Debo quedar así.
MARQ. Me perdonais, padre?
(Levantándola en sus brazos) Si.

ESCENA VI.

DIANA.—EL MARQUÉS.—VELAZQUEZ.

VELAZQ. Se cumplió la media hora.
DIANA. A dónde vais? Responded...
Callais los dos?
MARQ. Al suplicio.
DIANA. Imposible! Pierdo el juicio.
(A Velazquez.)
Concededme una merced.
VELAZQ. Pedid, señora, y si puedo...
DIANA. Si podeis. Media hora mas
deteneos aquí: quizás
algo logre.
VELAZQ. Os lo concedo.
DIANA. Gracias. Qué suena?
(Se oye el lejano tronar del cañon.)
VELAZQ. El cañon.
DIANA. Leiva estará?...
VELAZQ. En la batalla.
DIANA. Lo hallaré, aunque la metralla
me traspase el corazón.

ESCENA VII.

EL MARQUÉS.—VELAZQUEZ.

VELAZQ. Pobre señora! Quisiera

(El Marqués se sienta pensativo.)

aliviar su pesadumbre,
y en lo mas hondo del alma
resuena su llanto lúgubre.
Quiera Dios que el general
sus tristes ayes escuche,
y de sus hermosos ojos
el copioso llanto enjague.
Animo, marqués, qué diablos!

(Llegándose al Marqués.)

Es el destino voluble,
y al que descendió al abismo
remonta luego á las nubes.
Treinta minutos de vida
tenemos, y aunque discurre
el tiempo, en treinta minutos,
como el cielo nos ayude,
desde el abismo del mal
subiremos á la cumbre
del bien.

MARQ.

Capitan Velazquez,
vuestra voz aliento infunde;
y por la buena intencion
Dios os proteja y escude.
Quereis darme la esperanza;
mas reina la incertidumbre
en mi cabeza, y á un tiempo
me reanima y me consume.

VELAZQ.

El llanto de una muger,
su acento doliente y dulce,
capaces son de ablandar
á una piadra, y aunque juzguen
al general inflexible,
tambien en su pecho bulle
un corazon.

MARQ.

Respondedme.
Ese capitan ilustre
que nos manda, y á la vez
respeto y temor infunde,
fué en Rioja?...

VELAZQ.

MARQ.

Labrador.
No digais mas; será inútil
el ruego.

VELAZQ.

Por qué? Pensais
que no pueden las virtudes
morar en el corazon
de un labrador? Que, dá el lustre
de la cuna pensamientos

mas nobles? Quien tal presume
se engaña. Yo soy hidalgo;
no hay miedo que renuncie
á mi blason; pero sé
que el sol reparte sus luces
al noble como al villano;
y que la divina lumbré,
luz del alma, Dios á todos
igualmente distribuye.
MARQ. No su origen; una historia
me hace que tema y que dude.
VELAZQ. Tiene agravios que vengar.
Y que perdonar.

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS.—VELAZQUEZ.—CORREA, *empolcado*.

CORREA. Bien cruge
el cañon... Voto al demonio!
y yo bajo esta techumbre
encerrado...
VELAZQ. (*A Correa.*) Y la batalla?
CORREA. Qué sé yo. Los arcabuces
lanzan rayos; los acceros
hieren; los cañones rugen;
se rompen las armaduras;
la sangre corre; se cubre
el suelo de moribundos:
y entre el aparato fúnebre
de la muerte, los caballos
relinchan, en actitudes
las mas gallardas; redoblan
los tambores, se confunden
los escuadrones, resuenan
los clarines y relucen
las corazas. Es el cuadro
mas hermoso! Dios no apure
mi paciencia.
VELAZQ. Por qué?
CORREA. Antes
os diré, que fué un embuste
la noticia de que el campo
imperial se aleja y huye.
VELAZQ. Ataca el marqués?
CORREA. Ataca:

VELAZQ. y toda esa muchedumbre
CORREA. francesa probará hoy
del buen marqués el empuje.
De qué nace tu impaciencia?
De que el general me embute
en la ciudad, sin dejarme
que el sabroso placer guste
de dar y recibir golpes.
Apenas las manos puse
en la masa, con voz hueca
me dijo: «vete, que urge
tu presencia...»

VELAZQ. En dónde?
CORREA. Aquí.
MARQ. Para?...
CORREA.

Señor, no os asuste
mi venida. Traigo solo,
en el caso de que triunfen
los franceses, el encargo
prudente, oportuno y útil,
de pegar fuego á una mina,
para que á un tiempo sepulte
al vencedor y al vencido;
y bajo escombros los junte.
Son precauciones de guerra,
y algunas veces se cumplen.

ESCENA IX.

EL MARQUÉS.—VELAZQUEZ.—CORREA.—DIANA, *que entra precipitadamente, y se para delante del reloj, quedándose inmóvil.*

VELAZQ. Pues esperemos con calma.
MARQ. Diana!
DIANA. Faltan seis minutos.
CORREA. (*A Velazquez.*)
Están sus ojos enjutos.
VELAZQ. (*A Correa.*)
Lágrimas vierte su alma.
MARQ. Hablaste al general?
DIANA. No.
No me han dejado salir
al campo.
MARQ. Voy á morir.
No hay remedio.
(*Se sienta.*)

DIANA.

Qué sé yo.

Quise en la lid formidable
lanzarme á buscarlo; pero...

(Dando un grito.)

No veis ese minuteró

como camina implacable!

Minuto y medio corrió

desde que estamos aquí.

Que no ande mas. Parad, sí!

Parad, parad el reló.

No es posible que resista

yo ese curso tan violento.

Corre mas que el pensamiento;

y mucho mas que mi vista.

Afila su acero impío

(Acercándose al Marqués.)

el verdugo, y no hay remedio?...

Paradlo. Minuto y medio

(Volviendo al reloj.)

mas ha corrido. Dios mío!

Ya de su víctima en pos

va con la espada homicida...

Ay! dos minutos de vida,

(Acercándose al marqués y ocultando el rostro
en su seno.)

nos quedan, padre mío. dos.

VELAZQ.

(Conmovido á Correa.)

Pobre señora.

CÓRREA.

(Llorando á Velazquez.)

El demonio

me trajo aquí, voto á san!

En mal hora, capitán,

hice yo caso de Antonio.

Hay placer en las cuchillas

blandir; mas no lo hay en ver

cómo llora una muger

temblorosa y de rodillas.

Me voy de aquí. Quién me mete

á presenciar tales duelos?

(Dá el reloj las siete.)

Si no he de darla consuelos,

por qué he de sufrir?

(Quiere irse.)

DIANA.

Las siete!

(Al grito de Diana se detiene Correa, el Marqués
se levanta y se dirige á Velazquez.)

MARQ.

Vamos.

VELAZQ.

Vamos.

DIANA.

Compasion
tened, y os dará su gloria Dios.

ESCENA X.

EL MARQUÉS.—VELAZQUEZ.—CORREA.—DIANA.—LEIVA, con la
armadura abollada y sangrienta, y en la diestra la vieja
bandera que dió á CORREA.

LEIVA.

Dios nos dió la victoria,
y el rey os dá su perdon.
(Dá la bandera á Correa.)

DIANA.

Gracias.

MARQ.

(Echándose á los piés de Leiva.)
¡Ah!

CORREA.

Bien hecho.

LEIVA.

(Alzando al Marqués.)

Al Rey

las gracias. El la corona
lleva; y él solo perdona
cuando castiga su ley.

MARQ.

Cómo os mostraré, señor,
mi admiracion y respeto?

LEIVA.

Enseñando á vuestro nieto
lealtad al emperador.

Libre quedais. Marchad pues.

Todo acabó. Prisionero

está Francisco Primero,

y en gran derrota el francés.

CORREA.

Por fin humilló la frente

el altivo rey de Francia,

cuya indómita arrogancia...

LEIVA.

Respetadlo: es un valiente.

Y debe saber el mundo

que fué tan buen caballero,

si en la desgracia el primero,

en el valor sin segundo.

Velazquez, de la ciudad

acabaron los cuidados;

á todos los sentenciados

los pondreis en libertad.

DIANA.

Siempre grande y generoso.

LEIVA.

Salid con el capitan,

y mas pronto vuestro afan

calmarán hijo y esposo.

MARQ.

Señor, os habeis vengado
de una manera que alcanza

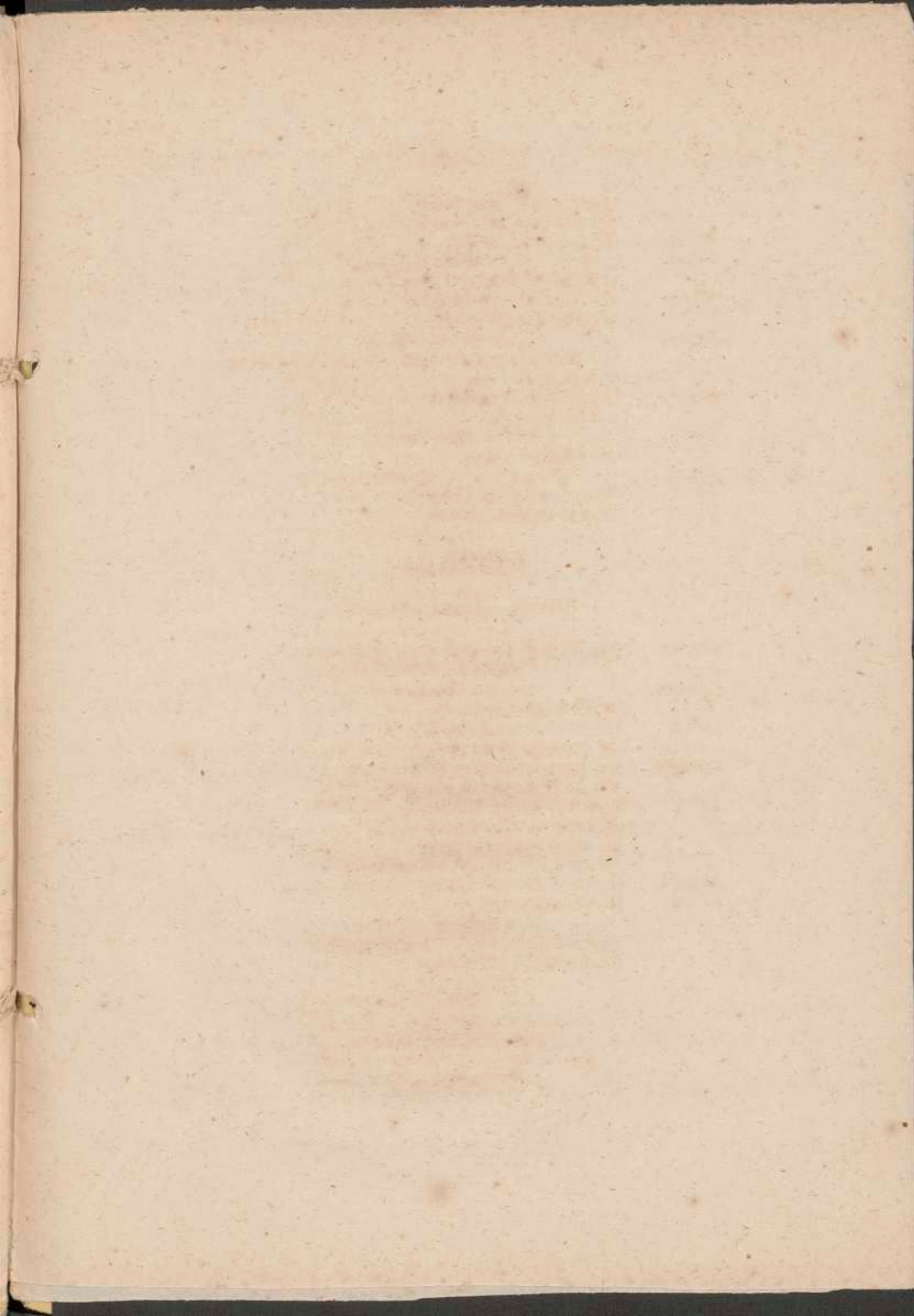
LEIVA. al corazon la venganza.
MARQ. Así se venga un soldado.
LEIVA. Yo os ofendí... Entre los dos
ni hay beneficio ni ofensa.
MARQ. Y la vida en recompensa
me dais de un ultrage...
LEIVA. Adios.
(*El Marqués y Velazquez se adelantan hácia la puerta.*)
DIANA. (*Llegándose á Leiva.*)
Adios, Antonio.
LEIVA. Marchad
con vuestro padre.
DIANA. Marchemos.
LEIVA. Ya nunca mas nos veremos.
DIANA. Señor, en la eternidad.

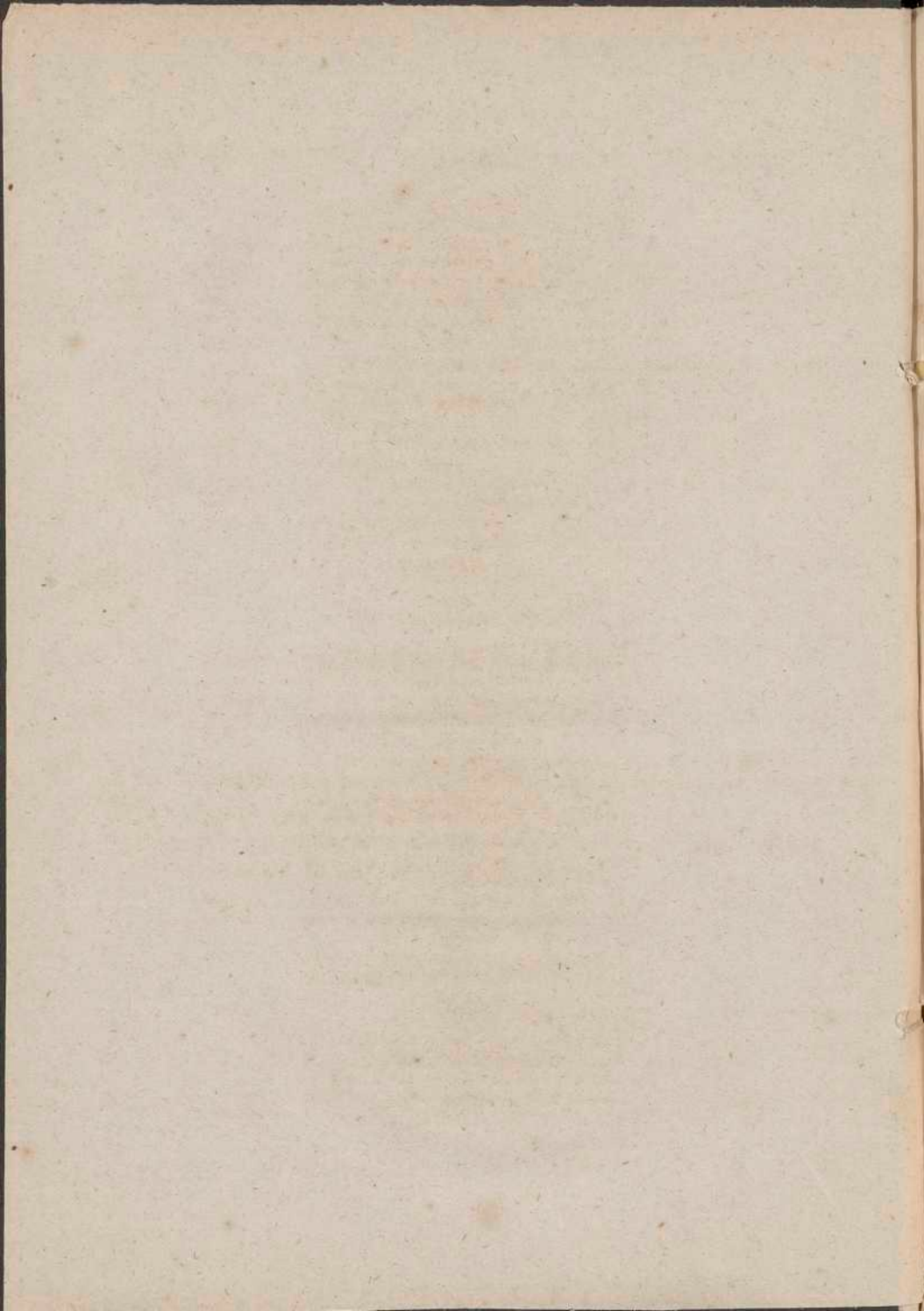
ESCENA XI.

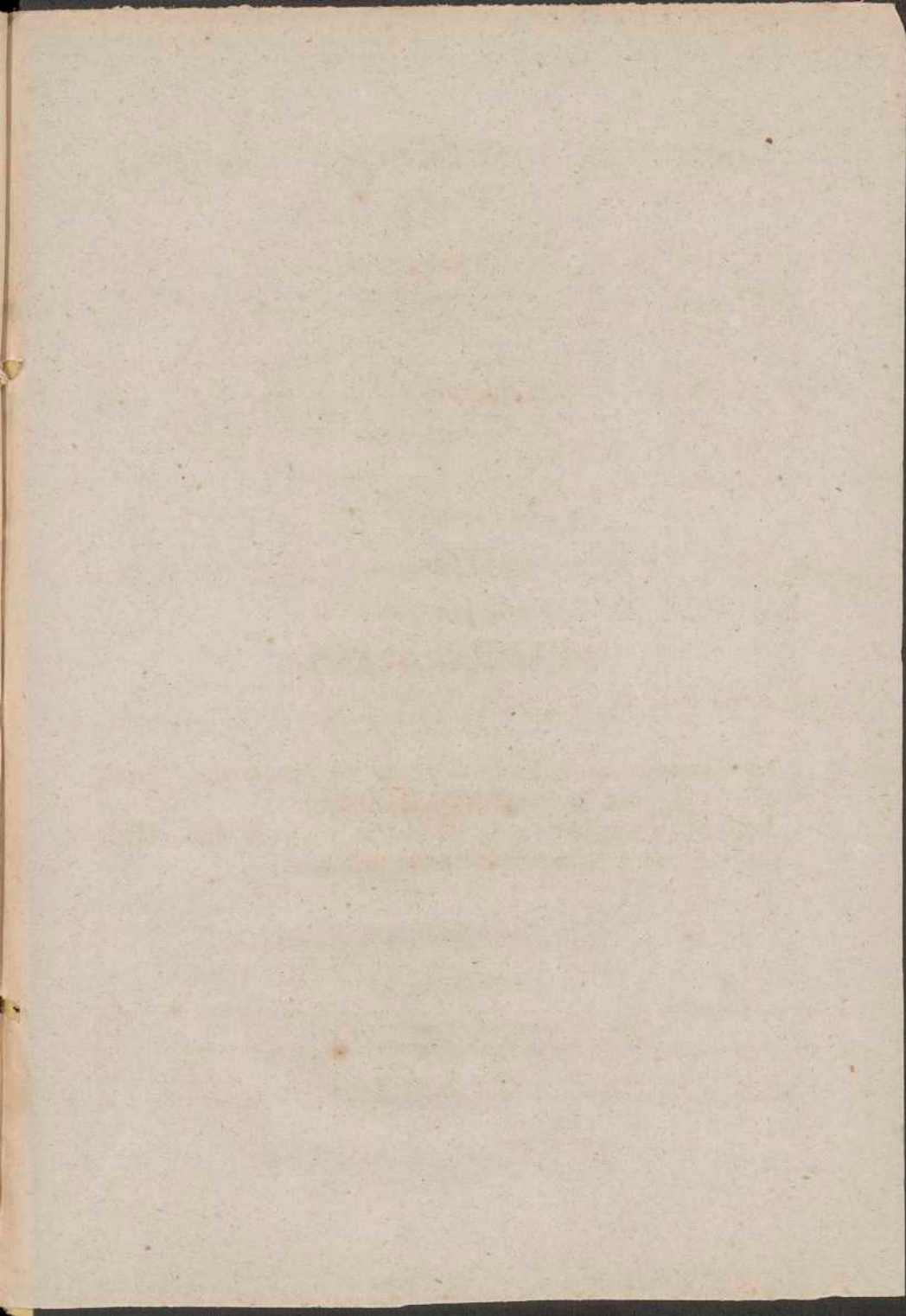
CORREA.—LEIVA, abatido.

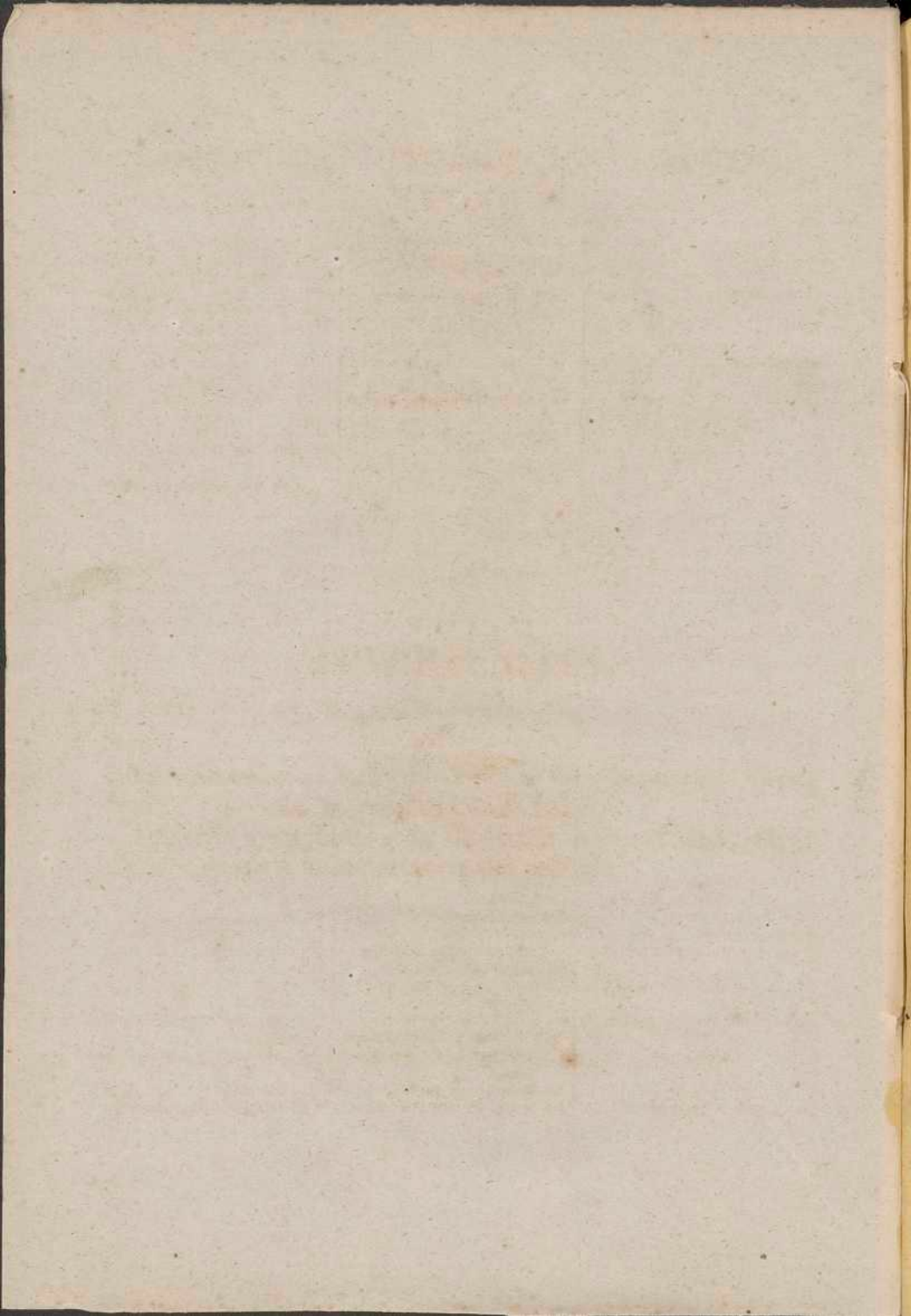
CORREA. Qué tienes?
LEIVA. Nada.
CORREA. La suerte
su dardo postrero lanza.
LEIVA. Lidiando sin esperanza,
iré ganando la muerte.
CORREA. Y conquistando mas gloria
con tu diestra armi-potente.
LEIVA. Para qué quiere mi frente
el laurel de la victoria?
Un *Adios* aquí retumba...
eterno.
CORREA. (*Pausa.*) Sí.
LEIVA. (*Reanimándose.*)
Esa bandera
guarda, Hernando; y cuando muera
clávala sobre mi tumba.

FIN DEL DRAMA.









Para vencer querer.
Pecado y espiacion.
Peluquero de S. A.
Por ser ella sin ser ella.
Quien bien te quiera te hará

llorar.
¿Quién es ella?
Quien mas mira menos vé.
Remismunda.
Súllivan.
Todo se queda en casa.
Trampas inocentes.
Tres al saco...
Una aventura de Richelieu.
Un clavo saca otro clavo.
Un cuarto con dos alcobas.
Un enemigo oculto.
Un hidalgo aragonés.
Un hombre importante.
Un infierno ó la casa de huéspedes.
Un ingles y un vizcaino.
Un loco hace ciento.
Un matrimonio á la moda.
Unos llevan la fama...
Un verdadero hombre de bien
¿Ya es tarde!

EN DOS ACTOS.

Antes que todo el honor.
Cornelio Nepote.
Desdichas de Timoteo.
Deudas del alma.
El congreso de gitanos.
El preceptor y su mujer.
Gerónimo el albañil.
La ley sálica.
La hija del misterio.
La luna de miel.
Las cucas.
Las diez de la noche.
Los pretendientes del dia.
Los dos amores.
Maria y Felipe.
Pipo ó el principe de Montecresta.
Un casamiento por hambre.
Un divorcio.
Un ente como hay muchos.

EN UN ACTO.

A la corte á pretender.

A los pies de V. Señora.
Acertar por carambola.
Al que no quiere caldo.
Ali-Ben-Salé Abul-Tarif.
Alza y baja.
Amarse y aborrecerse.
Cenar á tambor batiente.
Cero y van dos.
Cinco pies y tres pulgadas.
Clases pasivas.
Como V. quiera...
Con el santo y la limosna.
Cuál de los tres es el tío?
Cuerdos y locos.
Cuerpo y sombra ó dos y uno.

De casta le viene al galgo.
De fuera vendrá...
De qué?
De potencia á potencia.
Dos á dos.
Dos casamientos ocultos.
Dos en uno.
El aguador y el misántropo.
El chal verde.
El carazon de un bandido.
El don del cielo (loa).
El marido universal.
El perro rabioso.
El premio de la virtud.
El retratista.
El rey por fuerza.
El sacristan del Escorial.
El sistema de Felipa.
El sistema de Felipe.
El sol de la libertad (loa).
El tío Zaratan.
El vizconde Bartelo.
Entre Scila y Caribdis.
Estrupicios del amor.
Huyendo del perejil...
Infantes improvisados.
¡Ingleses!!
Juan el Perdio.
Juan el tornero.
Ladron y Verdugo.
La astucia rompe cerrojos.
La banda del capitan.
La casa deshabitada.
La capa de José.
La doctora en travesuras.
La eleccion de un diputado.
La esperanza de la patria (loa).
La herencia de mi tia.
La mujer de dos maridos.

La mula de mi doctor.
La piel del diablo.
La señora de Mendoza.
La union carlo-polaca.
Las avispas.
Las dos carteras.
Las jorobas.
Las obras de Quevedo.
Lo que al negro del Sermon.
Los apuros de un guindilla.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
Lospreciosos ridiculos.
Los tres ramilletes.
Malas tentaciones.
Manolito Gazquez.
Mi media naranja.
No hay chanzas con el amo.
No hay felicidad completa.
No hay que tentar al diablo
No mas secreto.
No se hizo la miel...
No siempre lo bueno es bueno
Otro perro del hortelano.
Pepilla la aguardentera.
Percances de un apellido.
Por amor y por dinero ó una aventura de Luis Candelas.
Por poderes.
Por un loro.
Pst. Pst...
Remedio para una quiebra.
Si buena insula me dan.
Simon Terranova.
Sombra, fantasma y mujer.
Trece á la mesa.
Treinta dias despues 2.ª parte de El corazon de un bandido.
Un angel tutelar.
Un año en quince minutos.
Un cabello!
Un contrabando.
Un ente singular!
Un fusil del dos de Mayo.
Un milagro del misterio.
Un protector del bello sexo.
Un sentenciado á muerte.
Un viaje al rededor de mi marido.
Un viaje al rededor de mi mujer.
Un bofetón... y soy dichosa
Una actriz.
Una apuesta.
Una ensalada de pollos.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS A TODA ORQUESTA.

Aventura de un cantante.
Buenas noches Sr. D. Simon.
Colegiales y soldados.
¡Concha!
Diego Corrientes.
Don Simplicio Bobadilla.
De este mundo al otro.
Duende 1.^a parte.
Id. 2.^a parte.
¡Diez mil duros!
El alma en pena.
El campamento.
El marido de la mujer de don Blas.
El novio pasado por agua.

El Padre Cobos. *
El Sacristan de S. Lorenzo.
El suicidio de Rosa.
El turrón de Noche-buena.
El tren de Escala.
La Estrella de Madrid.
La flor del valle.
La hechicera.
La Noche-buena.
La pradera del Canal.
La venganza de Alifonso.
Las señas del Archiduque.
Los dos Venturas.
Gloria y peluca.
Haydée ó el secreto.

Misterios de bastidores.
Por seguir á una mujer.
Palo de ciego.
Salvador y Salvadora.
¡Tribulaciones!
¡Tramoya!
Una tarde de toros-
Una aventura en Marruecos.
Duende 1.^a parte para piano
y canto.
Cancion de la Florera.
Cancion del Duende.
Polka burlesca.

ADVERTENCIAS.

La Direccion se halla establecida en Salamanca, desde donde se servirán los pedidos que se hagan.

Pidiendo ejemplares á la Direccion se hace una rebaja proporcionada á la importancia del pedido.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY
1000
CHICAGO, ILL.
1900